

Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona de 30 Abril de 1880.

N.º 8.

LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

VI.

La *Propagacion de la fe*, como decian los obispos del tercer concilio provincial de Nueva-Orleans, «es la obra de Dios, la gloria del siglo XIX y el consuelo de la Iglesia en medio de sus inmensos dolores.»

Gracias a ella, se sostienen las Misiones católicas en todo el mundo, las vocaciones al apostolado se multiplican, y nuestro siglo, á pesar de tantas debilidades é incredulidad, recibe todavía el honor y la bendicion del martirio, es decir de la vida entregada y la sangre derramada por la verdad.

Obra admirable, que ha hecho revivir los primeros dias de la predicacion del Evangelio, cuando los Apóstoles se extendieron por toda la tierra seguidos de las oraciones y las limosnas de los fieles, cuya caridad era para aquellos un tesoro inagotable.

Obra verdaderamente divina, cuya celestial semilla caida, hace más de medio siglo, de manos desconocidas, ha germinado en la humildad, y hoy nos admira por las gigantescas proporciones que ha tomado.

Obra de admirable sabiduría, perteneciente á ese orden de hechos divinos de los cuales ha dicho san Pablo: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundant fortia.*

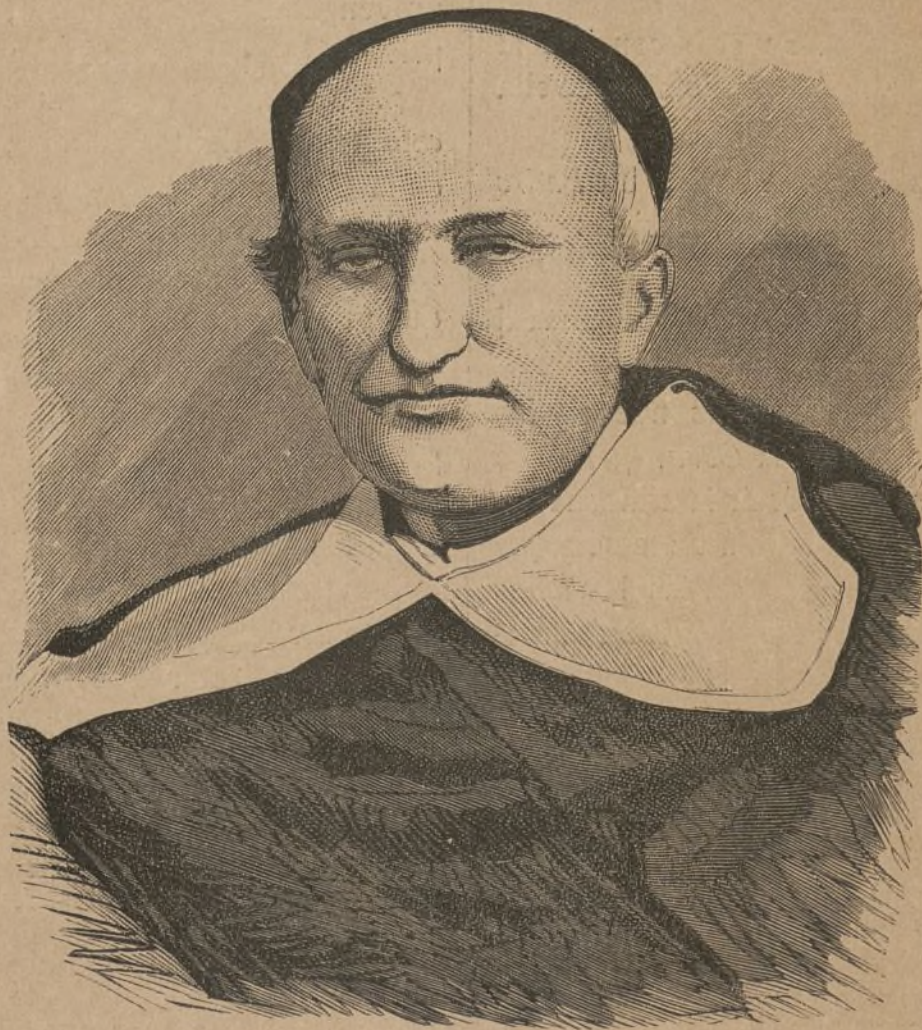
¡Quién puede apreciar y calcular debidamente los grandes beneficios y ventajas espirituales y temporales que de ella recibe el mundo! ¡Quién no siente palpar su pecho de cristiano entusiasmo al ver tal número de hermanos suyos arrebatados á las tinieblas del error y la ignorancia, tantas almas regeneradas con las saludables aguas del Bautismo por esos apóstoles que cruzan todos los mares y todas las regiones del universo para ensanchar cotidianamente las fronteras del reino de Jesucristo! ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre, cuánto

heroísmo, cuántos rasgos de virtud y caridad, cuántos sacrificios de toda clase, cuántas plegarias, cuántas celestes gracias y bendiciones no han sido necesarias para llegar al estado próspero y floreciente en que se hallan las Misiones católicas en la actualidad!

Sin embargo, no todo está hecho. Todavía se requiere algun esfuerzo para coronar tan grande obra, para que se vea realizada en todas sus partes la hermosa é indefectible promesa del divino Redentor de la humanidad; es decir, para que todos los pueblos y naciones de la tierra estén prosternados al pié de la Cruz, de suerte

que no exista más que un solo rebaño gobernado por un solo Pastor.

¿Qué católico, pues, no querrá contribuir con la limosna ó la oracion, ó con ambas cosas á la vez, si le es posible, al triunfo completo y universal de nuestra sacrosanta Religion en el mundo? ¿Quién no hará cuanto de él dependa para apresurar la hora en que la Iglesia de Jesucristo, esa Madre tan cariñosa y solícita, estreche contra su seno divino y maternal á todos los hombres sin excepcion, reconociéndoles por hijos suyos y dirigiéndoles por el camino de la salvacion eterna con sus sublimes enseñanzas, sus saludables consejos y sus dulces é inagotables consuelos?



RDO. P. CHECA, misionero dominico del Tong-king. (Pág. 191).

La limosna que se da para la propagacion de la fe abraza todos los actos de misericordia espiritual y corporal; por su medio se lleva el Evangelio á los pueblos idólatras, y con el Evangelio la civilizacion; endúlzase la ferocidad del salvaje, recógese el niño arrojado al muladar ó á la calle, redímese al esclavo, fúndanse en todos los puntos del globo templos, colegios y escuelas, obradores, huerfanatos y hospitales.

Todas las naciones civilizadas del antiguo y del nuevo continente, Francia, Italia, Bélgica, Inglaterra, Alemania, Holanda y los Estados-Unidos, suministran cada año su respectivo contingente, no sólo en hombres, sino en dinero, para la gran cruzada de las Misiones católicas.

licas. Y España, la hija de los Recaredos y Fernandos, la primera que providencialmente llevó el glorioso estandarte de la fe y la civilización á las desconocidas playas de América, la patria de tantos insignes misioneros, entre ellos los venerables apóstoles san Francisco Javier y san Ignacio de Loyola, ¿no rivalizaría en cristiano celo y desprendimiento con aquellas, tratándose de los sagrados intereses de la religión católica y del bien de la humanidad? Imposible. Tal suposición sería en cierto modo ultrajar sus sentimientos católicos, su dignidad, y aún las cenizas de tantos de sus esclarecidos y virtuosos hijos que han derramado hasta la última gota de su sangre por la fe de Jesucristo en lejanas é inhospitalarias regiones, mientras las estaban edificando con su ejemplo y evangelizando con su divina palabra.

Dios quiere que todos los hombres se salven: luego es una obligación para cada cristiano el trabajar según sus fuerzas al cumplimiento de esta adorable voluntad. Es indudable que solamente un corto número es llamado á dejar familia y patria para ir á llevar la fe hasta las extremidades de la tierra; pero todos pueden rogar por la salvación de sus hermanos, y pocos hay que á sus oraciones no puedan añadir una limosna para ayudar á la conversión de los infieles.

Reunir estas preces y limosnas, en esto consiste la *Obra de la propagación de la fe*. Para ser miembro de ella no se necesitan más que dos cosas:

1.^a Aplicar todos los días á esta intención un *Padre nuestro* y *Ave María* con la siguiente invocación: *San Francisco Javier, rogad por nosotros*.

2.^a Dar de limosna para las Misiones católicas un real cada mes.

Un asociado recibe las limosnas de otros nueve y las envía con la suya á otro miembro de la *Obra*, que debe recibir diez colectas semejantes, es decir la limosna de cien personas: éste á su vez las entrega á un tercero que ha reunido diez del mismo valor, esto es, las limosnas de mil personas, sin existir por eso ninguna reunión entre los asociados.

Dos consejos centrales establecidos, el uno en Lyon, el otro en París, distribuyen las limosnas entre las diferentes Misiones. Las funciones de sus miembros son enteramente gratuitas.

La cuenta y razón de entradas y gastos se publica cada año en los *Anales de la propagación de la fe*, que se publican en Lyon cada dos meses en número de 250,000 ejemplares y en todas las lenguas de Europa.

La Santa Sede ha concedido indulgencias comunes á todos los asociados, y son las siguientes:

1.^o *Plenarias*.—3 de Mayo, fiesta de la Invención de la santa Cruz (aniversario de la fundación de la *Obra*).—3 de Diciembre, fiesta de san Francisco Javier, patron de la *Obra*.—25 de Marzo, fiesta de la Anunciación.—15 de Agosto, fiesta de la Asunción. Pueden también ganar estas indulgencias un día de la octava de dichas festividades, si no es posible el mismo día.—Cada mes: dos días á elección de los asociados.—Una vez al año: el día de la Conmemoración general de todos los miembros difuntos.—Una vez al año: el día de la Conmemoración especial de los miembros difuntos del Consejo, de la división, de la centuria ó de la decena de la que uno es miembro.—En el artículo de la muerte, invo-

cando, al menos de corazón, el santo nombre de Jesús.—En favor del altar privilegiado por toda Misa que se celebre en nombre de un asociado en favor de un miembro difunto.

Los párvulos que no hayan hecho aún la primera Comunión pueden ganar estas indulgencias haciendo, en lugar de la sagrada Comunión, una obra meritoria designada por su confesor.

2.^o *Parciales*.—300 días cada vez que un asociado asista á los Triduos del 3 de Mayo y del 3 de Diciembre.—100 días cada vez que un asociado rece el *Pater* y el *Ave* con la invocación á san Francisco Javier.—100 días cada vez que un asociado ejecute en favor de las Misiones una obra cualquiera de devoción ó de caridad.

Todas estas indulgencias, tanto parciales como plenarias, son aplicables á las almas del purgatorio.

—Hay además varios favores particulares concedidos á ciertos asociados, y son:

1.^o *Sacerdotes colectores de diez centurias*.—Todo sacerdote que, dentro del año, haya entregado á la Caja de la *Obra* una suma que represente al menos el producto de mil suscripciones, sea que esta cantidad haya sido recaudada por él ó centralizada en sus manos, ó que provenga de su generosidad, gozará del favor del altar privilegiado personal cinco veces á la semana.

2.^o *Sacerdotes colectores de una centuria*.—Todo sacerdote que, dentro del año, haya entregado á la Caja de la *Obra* una suma que represente al menos el producto de cien suscripciones, sea que esta cantidad haya sido recaudada por él, ó centralizada en sus manos, ó que provenga de su generosidad, gozará del poder de aplicar las indulgencias siguientes:

A los rosarios las indulgencias llamadas de santa Brigida;—á las cruces, medallas, rosarios, etc., las indulgencias apostólicas.—Además tiene la facultad de aplicar á los fieles la indulgencia plenaria *in articulo mortis*.

En el caso en que una centuria quede momentáneamente incompleta, Su Santidad prorroga los poderes del sacerdote colector que haya hecho la entrega total del año anterior hasta que las cuentas del presupuesto corriente hayan sido cerradas.

3.^o *Sacerdotes miembros de un Consejo ó Junta* encargados de cuidar los intereses de la *Obra*.—Gozan de los mismos favores que los sacerdotes colectores de una centuria.

—Las personas que por enfermedad, distancia ú otra causa legítima estén impedidas de visitar la iglesia designada como una de las condiciones para ganar la indulgencia plenaria, pueden hacerlo supliendo la visita con otras obras ó preces que les indique el confesor. En cuanto á las personas que viven en las comunidades religiosas, colegios, etc., la visita puede hacerse en su propia iglesia ó capilla.

Los fieles que, á consecuencia de la penuria de su posición, no pudiesen de ninguna manera dar dos cuartos por semana, apreciación que el Padre Santo remite á su propia conciencia, tienen sin embargo la facultad de asociarse á la *Obra* ó de permanecer asociados, si lo están ya, y de gozar de todas las indulgencias y gracias de que se halla favorecida, con tal que, al menos cada mes, envíen á los colectores de la misma *Obra* una limosna, por mínima que sea, según los medios y la conciencia

de cada uno, y cumplan con las condiciones prescritas. Segun las disposiciones del Breve de Pio IX, no gozan de este privilegio sino por el tiempo que permanezcan en el estado verdadero de pobreza de que se habla.

Tal es la organizacion de la *Obra* y las indulgencias de que gozan sus adeptos en todos los países donde se halla constituida.

NUEVA MILICIA DE CRISTO.

Ministros fieles del Rey de reyes y Señor de señores Jesucristo, Dios y hombre verdadero: heraldos infatigables de su divina palabra, y perpétuos canales de aquel Espíritu de verdad venido del cielo para renovar la faz de la tierra, unos cuantos sacerdotes, dignos sucesores del español beato Claver, llamado por antonomasia *el apóstol de los negros*, predicán el Evangelio en las abrazadas regiones del Africa central. Gustosos arriesgan allí la vida que de antemano tienen sacrificada á Dios; pero rodéanles peligros que incesantemente amenazan frustrar sus apostólicas empresas, y opónenseles obstáculos que de hecho á veces las frustran. Allí, pues, como en donde quiera que la Iglesia de Jesucristo ejerce su divina mision, la es, no ya absolutamente necesario, pero sí convenientísimo, el auxilio de alguna especie de brazo secular, el cual, cooperando activamente á los milagros de la fe, no sólo cumple un deber filial de amor y de reverencia, sino que se ennoblece y robustece con el mero hecho de poner la fuerza al servicio del derecho.

En estos principios se fundó cabalmente aquella incomparable concordia que llevó el hermoso nombre de *Cristiandad*: concordia entre pueblos y pueblos; concordia entre príncipes y príncipes; concordia, en fin, entre la confederacion política y secular de pueblos y de príncipes, y este otro cuerpo místico de la sociedad espiritual llamado Iglesia católica, regida visiblemente por su Cabeza espiritual el Sumo Pontífice Romano, Vicario de Cristo. Este consorcio magnífico, imagen la más perfecta que la tierra pudo bosquejar de su insoluble vínculo con el cielo, produjo aquella Europa una de las *Cruzadas*, perpétuo asombro de la historia, y que probablemente, á no ser despedazada como lo fué por la herejía, ya á estas horas habria entronizado en todo el orbe la soberanía social de Jesucristo.

Pero si la tierra pudo ser infiel á este ideal grandioso, la Iglesia lo guarda perpétuamente como joya primera y, por decirlo así, esencial en el tesoro de sus tradiciones, y donde quiera que puede reproducir, aunque sea en pequeño, aquella imagen de concordia entre la fuerza legítima por el derecho, y el derecho amparado por la fuerza, allí la reproduce por impulso de aquella tendencia nativa que la mueve á levantar al orden sobrenatural el orden de naturaleza, ó como diria con su lengua de fuego el apóstol san Pablo, á instalarlo todo en Cristo, así lo que está en la tierra como lo que está en los cielos.

Pues bien, movidos por ese impulso los citados misioneros del Africa central pensaron erigir con seglares una especie de Orden militar consagrada al servicio de aquella Mision, y con certero instinto se dirigieron para realizar su propósito á la católica nacion belga, ya de

antes señalada entre todas las de Europa por el numeroso contingente de nobles hijos suyos que prestó al cuerpo de Zuavos pontificios para defender los derechos de la Santa Sede. Segun el relato que tenemos á la vista, tomado del diario romano *La Aurora*, el misionero encargado de tan delicada empresa comenzó por comunicar su intento á dos venerables sacerdotes de Amberes que habian sido capellanes del referido cuerpo de zuavos, y muy luego la nueva milicia de Cristo reclutó á seis jóvenes de familias distinguidas, todos flamencos, y cuyos nombres queremos honrarnos en mencionar aquí, á saber: los Sres. Loosweldt, Dhoop, Verhaert, Van-Ost, Stewart y Oswald.

Estos seis jóvenes, despues de un fraternal banquete de despedida con que les obsequiaron en Bruselas sus antiguos compañeros de armas en Roma, y fortalecidos con la bendicion pontificia que por telégrafo les envió Leon XIII, se embarcaron el 3 de Junio de 1879 en Marsella con rumbo á Argel. Llegados aquí, el muy reverendo Arzobispo de aquella colonia francesa los reunió en la basílica de Nuestra Señora de Africa, donde vestidos con su glorioso uniforme de zuavos recibieron el Pan de vida y la bendicion de sus armas que desnudas pusieron sobre las gradas del altar mayor. El cabo de aquella pequeña escuadra tomó la espada de manos del ilustre Prelado, que le dijo al entregársela: «Esgrimidla para defender la causa de Dios, y cuenta que jamás la desnudeis con fin que no sea íntegramente justo.» En pos de estas palabras, le dió el ósculo de paz, y seguidamente el soldado de Cristo, empuñando la espada, signó de plano con ella á sus cinco compañeros, diciendo á cada uno: «Sé pacífico soldado, tan valiente como fiel y religioso.» Luego prestaron todos juramento de obediencia en manos del Arzobispo, y de las del Superior de la Mision recibieron una cruz que deben llevar como especial insignia durante todo el tiempo de su servicio.

Cargo y empeño propio de esta apostólica milicia es amparar á los sacerdotes misioneros; auxiliarles en cualquier trance que los hubieren menester; defender á las caravanas, lo mismo en viajes que en campamentos, y de noche como de dia, contra las fieras alimañas y contra agresiones de bandidos; tener á raya con su porte digno y firme la nativa malquerencia de los indígenas, y enseñarles, bajo la direccion del misionero, la doctrina cristiana, junto con los demás principios y hábitos de vida civilizada y culta.

Tras una breve temporada en Argel para aclimatarse, los cinco héroes se internaron en lo más ardiente é inhospitalario del Africa, y desde allí, como solaz de sus improbas labores apostólico-militares, envían á sus antiguos camaradas noticias frecuentes que, publicadas en el periódico flamenco de las Misiones de Argelia, han movido ya á diez y nueve jóvenes más, que desde Febrero último están en Argel disponiéndose á compartir la gloria de aquellos. La nueva milicia, pues, cuenta ya con veinte y cinco soldados.

¡Soberbia tropa! — dirán aquí muchos de los adoradores que en la moderna civilizacion tiene el *dios-número*; — ¡soberbia tropa! sí, repetimos nosotros: soberbia tropa, que puede ser y que de seguro será núcleo de huestes que la civilizacion moderna ni sabe ni quiere reclutar sino para oprimir á inocentes desarmados, en pro

de ambiciones prepotentes. ¡Soberbia tropa, que empieza por tener tantos héroes como reclutas, y que por de pronto posee la inmensa fuerza de ser una reconven- cion contra tanta y tanta fuerza como se está hoy em- pleando contra tanto y tanto derecho! ¡Soberbia tropa, que tiene el incalculable valor moral de recordar al mun- do que sobre los millones de hombres lanzados por las Cancillerías para conquistar injustamente territorios, y sobre las hordas de turbulentos que se amontonan en barricadas para volcar todo principio y todo organismo y á todo agente de autoridad legítima, existe un *Dios de los ejércitos* que santifica la guerra emprendida en su nombre, por su causa y para servicio suyo!

¡Soberbia tropa, que dentro de poco, acrecentada cuanto sea menester, habrá contribuido junto con los sacerdotes católicos á resolver problemas de ciencia y de economía que seguramente no resolverán ni eruditas di-

sertaciones de los más sábios congresos científicos, ni las más atrevidas empresas de altivos conquistadores ó de codiciosos mercaderes!...

Soldados de Cristo: ¡Él os bendiga!

(*El Ancora*).

ÁFRICA CENTRAL.

I.

El Africa, esa gran parte del globo terrestre que ocu- pa en el sistema geográfico una extension de más de 70 grados, así en latitud como en longitud, y que está di- vidida por la línea ecuatorial, es todavía la parte menos conocida, despues de sesenta siglos que los hombres estudian el mundo.

No hace todavía cuatro siglos que el genio de Colon



PONDICHERY.—Grupo de indios hambrientos. (Pág. 187).

adivinó la América en la inexplorada extension del Oceano, y actualmente ha sido ya recorrida y regenera- da de uno á otro extremo por la Religion y por la civi- lizacion.

Poco tiempo despues el talento de Albuquerque tra- zó la ruta de las Indias y de la Oceania, y su regenera- cion avanza á pasos de gigante.

Despues del valor desplegado por Franklin y por otros ilustres capitanes para visitar las heladas regiones de ambos polos, la geografía y la historia se han ocu- pado ya de aquellas partes remotas como de un hecho conocido por la ciencia.

El Africa, hasta ayer unida al Asia, y poblada desde el dia de la dispersion del género humano en las llanu- ras de Sennaar, es todavía en su mayor parte la tierra de las tinieblas y del misterio; y la reciente union del Me-

diterráneo con el Oceano no ha hecho más que consa- grar geográficamente para el Africa ese título de aisla- miento que siempre ha tenido y que ha conservado siempre, en el sentido civil y moral, á los ojos del resto del mundo. No se ha hablado ni se habla de ella sino para señalar los límites topográficos de sus dos extreni- dades. Esto es cuanto conocian de ella los antiguos, y nosotros no sabemos gran cosa más que ellos.

Los Faraones reinaban en Egipto: los reyes pastores descendieron atrevidamente por las cataratas y les qui- taron el trono; pero ninguno de ellos fué bastante osado para resistirles en su país (1).

(1) Ningun historiador ha podido señalar un origen europeo ó asiático á esos reyes pastores que poco tiempo despues de la muerte de Jacob ocuparon el trono de Egipto. Es, por lo tanto, bastante pro-

Dido fundó á Cartago, pueblo que tuvo en sus manos los destinos de la Europa. Sin embargo, ninguno de ellos se atrevió á dar un paso por los abrasadores arenales del inmenso Sahara.

Cambises fué el primero que se aventuró por los arenales de la Libia; pero no logró otro resultado que sepultar en ellos un ejército de persas.

A su vez el gran Macedonio conquistó el Egipto; pero la historia, que refiere sus conquistas más allá del Ganges y en la Bactriana, las compara á la rápida visita intentada por el héroe al templo de Júpiter Ammon (1).

Los romanos vencieron á Cartago, dominaron á Tigranate, desposeyeron á los Tolomeos, combatieron á los parthos, sujetaron á los bretones, á los galos y á los foroces germanos; tuvieron, en una palabra, el imperio del mundo. Pero en los límites del gran desierto afri-

cano y sobre las graníticas masas de las cataratas (1) dejaron escrito un *Non plus ultra* que les detuvo más poderosamente que el Oceano á Hércules en el estrecho de Gibraltar.

En la Edad media la cimitarra de los califas, que consternó al mundo, no se atrevió á dar un solo paso hácia el interior del Africa. Genserico, despues de saquear á Roma, se lanzó amenazador, con las falanges de sus vándalos, á la conquista del Africa; pero acabó por contentarse con la antigua provincia cartaginesa.

En los tiempos modernos el egoismo indujo á portugueses, españoles, franceses, holandeses é ingleses á disputarse la posesion del Africa. Diéronle la vuelta, pero faltóles valor para penetrar en el interior, y se contentaron quién con una isla, quién con un puerto, quién con una insignificante porcion de los confines de aquel vastísimo continente.



PONDICHERY.—Grupo de indios hambrientos. (Pág. 187).

Más afortunado fué el gran Mahomet-Alí, quien un día hallándose delante de las cataratas se decidió, como César, á probar la fortuna de la audacia. Despues de haber arengado calurosamente á su ejército, púsose á su cabeza, y fué el primero que desmintió aquel *Non plus ultra* que los siglos habian consagrado. Sorprendido de no encontrar enemigos, fué con la rapidez del rayo

bable que serian los jefes de una tribu chamita que hacia algun tiempo habia penetrado y se habia establecido en la Nubia. Hoy todavia los indígenas del interior del Africa se dedican especialmente á la vida pastoril, y por eso son nómadas y van errantes en busca de pastos.

(1) En su viaje de exploracion al Kordofan, el animoso misionero Sr. Carcereri sólo halló en 1872 vestigios de ese templo en las islas de Fibé y de Tingar, ambas en las cataratas de Asuan, bajo el trópico de Cáncer.

hasta Fa-zoglo (2) por un lado, y por otro hasta el Kordofan (3). Estableció allí su gobierno, y regresó en me-

(1) Señálase siempre la primera catarata del Nilo cerca de Asuan, y es la principal. Las dos cordilleras de Mokatan y de la Libia, que sigue el viajero desde el Cairo hasta cerca de Khartum, formando el lecho del Nilo, encuentran allí una montaña de granito dividida en mil pequeñas islas, en cuyas fragosidades mugen terribles y espumosas las ondas del gran rio, haciendo su navegacion siempre difícil y peligrosa, y en ciertos tiempos imposible. Más allá de esta catarata es muy poco numerosa la poblacion de las riberas del rio; los moradores viven en el interior del país, aunque desierto.

(2) El Fa-zoglo es un país bañado por el rio Azul hasta cerca del 12° latitud Norte. Confina al Sud con los negros Denka.

(3) El Kordofan es un vasto país situado á la izquierda del rio Blanco, en el 13° latitud Norte: confina con un inmenso cuadrado habitado por negros paganos, distintos de los del Gebel-Nuba. Al Oeste confina con el Darfur, de que en otros tiempos era tributario.

dio de los aplausos del Egipto. Sin negar su mérito, debemos confesar que no hizo más que reunir la mayor parte (1) de una familia que ya le pertenecía por su origen y por su religion, y que vivía ignorada á lo largo de las riberas del río Blanco y del río Azul (2). Entre los negros indígenas no encontró ni las simpatías de linaje, ni la afinidad de religion, sino un pueblo resuelto á vencer ó á morir; un pueblo que no conocía los bienes ni los males de un gobierno regular, pero que tenía la independencia como una cosa sagrada y tradicional; un pueblo que dominaba absolutamente en el Africa central, y acampaba en las montañas con sus flechas y sus lanzas, esperando hacia siglos á los turcos (3), á quienes ha faltado hasta ahora valor suficiente para aceptar el reto (4).

En nuestros días la ciencia ha querido también hacer sus pruebas: algunos distinguidos viajeros de Europa, después de mil sacrificios, han logrado descubrir los lagos ecuatoriales, las montañas de la Luna y tal vez los manantiales de los dos ríos principales que forman el Nilo en Khartum; siguiendo, empero, sobre el mapa las huellas de sus viajes, no puede menos de exclamarse: «Mucho han hecho, mas respecto del Africa es nada. Hoy todavía el Africa es la tierra inexplorada, el país desconocido para la ciencia, la civilización y la Religion; un suelo sobre el que pesa una maldición que no está aún expiada, y eso especialmente respecto del Africa central.»

El Cristianismo, que hace casi diez y nueve siglos está trabajando para la regeneración del mundo, no ha permanecido indiferente á esta gran conquista. Después de haber santificado el Egipto con la infancia de su divino Autor (5), y conferido desde los primeros días la gracia de la redención al eunuco de la Reina de Candaces (6), logró fundar no sólo á fuerza de valor, sino también de ríos de sangre, las florecientes iglesias de Etiopia, Egipto y Cartago, con la cooperación de los grandes evangelistas san Mateo y san Marcos, que die-

ron al Africa entonces conocida el Evangelio de Jesucristo y su propia vida (1).

No entra en nuestro propósito historiar la poderosa acción del Cristianismo sentado en la silla patriarcal de Alejandría, ó en las sillas episcopales de Etiopia y de la provincia de Cartago, ó descollando en las Tebaidas del Egipto. Esta gloria que han conseguido los fastos eclesiásticos es atribuida al Cristianismo por todos los que lloran la miseria actual de aquel país. La herejía por un lado, y por otro el alfanje del islamismo, se conjuraron para destruir esa bienhechora acción del Cristianismo en Africa, y Dios permitió que lo consiguieran en gran parte.

Sin embargo, en los siglos siguientes no interrumpió el Cristianismo su obra de regeneración, y en nuestros días posee en el Africa gran número de vicariatos apostólicos, prefecturas y diócesis, cuyos ministros trabajan para apresurar el día decisivo de salvación para aquella infortunada tierra.

El interior mismo, que hasta aquí ha arredrado á todos los conquistadores, ha venido á ser, por último, objeto del celo apostólico de esta religion, que prueba así que ella es la única verdadera y que obedece á aquella orden de Jesucristo que manda predicar el Evangelio á todas las criaturas y enseñar á todas las naciones.

COSTA DE LOS ESCLAVOS.

III.

LA GUERRA CIVIL EN PORTO-NOVO.

I.—En Noviembre de 1872 murió envenenado según se dijo, y todavía joven, Mecpon, rey de Porto-Novo. A pesar de sus prodigalidades con los fetichistas y con los magnates, no había logrado atraerse el favor de los unos y había muchas veces descontentado á los otros. A su muerte siguió la de su hijo mayor y la de su hermano. Su hijo segundo Mehum, para librarse de igual suerte, se vió obligado á huir á los bosques. Dueños del poder, los magnates establecieron en Porto-Novo una especie de república bajo la presidencia de un príncipe llamado Messi, á quien impusieron condiciones. Tal estado de cosas no duró mucho tiempo: los negros no pudieron entenderse.

—*Kodara ilè bajè* (esto va mal, la tierra está perdida), decían ellos.

No se veía otra cosa que pleitos (*palabres*), y de día en día iba desapareciendo el comercio. En semejantes circunstancias, más de un descontento se habría creído satisfecho con que estallase una guerra civil, y no tardó en presentarse la ocasión.

Dos príncipes de los bosques (*mattes*), Gandonu y Zangran, de Ibeji, aldea inmediata á Porto-Novo, creyeron llegado el momento favorable para vengar en Mehum los agravios que del difunto rey su padre tenían recibidos. Habiendo un cerdo, propiedad de Mehum, devastado los campos de Gandonu, apoderóse éste del animal y se lo comió contraviniendo á un reciente de-

(1) Decimos la mayor parte porque, en efecto, hay tribus árabes de beduinos que todavía no han querido reconocer al Gobierno egipcio.

(2) En la Edad media algunas tribus nómadas de la Arabia intentaron emigrar al Africa por el Oriente, y lo consiguieron. Los indígenas se vieron precisados á retirarse al 13º, y en algunos puntos al 12º latitud Norte, sufriendo á su vez las consecuencias del interior del país: volvieron casi negros, perezosos y estacionarios, y sólo despertaron de su letargo cuando Mahomet-Alí efectuó su expedición. Parece que los negros de Darfur fueron los únicos que adoptaron la religion musulmana. Sin embargo, han conservado su independencia.

(3) Los negros designan actualmente con este nombre á los blancos; pero no es verosímil que el origen del mismo remonte más allá de la expedición de Mahomet-Alí.

(4) Sabido es que los negros no tienen armas de fuego; las lanzas, las flechas y algunos cuchillos groseramente labrados, parece son las únicas armas de guerra que fabrican. Los egipcios creyeron que podrían fácilmente vencerlos con las armas de fuego; pero el éxito desgraciado de algunas escaramuzas les aconsejó prudentemente que no midieran sus fuerzas con los negros, ni despreciaran la inferioridad de sus armas.

(5) Muéstrase la morada del Niño Jesús, de María y de José en el Viejo Cairo de Egipto, donde se venera todavía la *santa Gruta* que dió asilo á la sagrada Familia.

(6) Sabido es que el diácono Felipe bautizó á ese etíope en el camino de Gaza. (*Act. Apost. VIII, 26 et seq.*)

(1) San Mateo fué martirizado en Etiopia (probablemente la Abisinia actual), donde de tiempo inmemorial se han encontrado cristianos del rito copto y cismáticos como los de Egipto. — San Marcos murió en su iglesia de Alejandría.

creto del rey Messi, que decia: «Si álguien encuentra un animal en su campo, córtale una pierna para castigar el estrago, y abandone el resto á la orilla del camino.»

Mehum irritado envió un mensajero á Gandonu pidiéndole explicaciones de su conducta. Por toda respuesta Gandonu hizo matar al mensajero. Desde este momento comenzaron las hostilidades. Zangran se unió á Gandonu, y ambos marcharon hácia la aldea de Mehú, que pasaron á fuego y sangre. Por su parte Mehum mató al padre y á la mujer de Gandonu y huyó á Memé, desde donde llamó en su ayuda á la tribu de los Egbas, poderosos auxiliares que habian ya derrotado muchas veces al ejército del Dahomey. Gandonu y Zangran se prepararon desde luego para el combate bebiendo el fetiche.

Hé ahí lo que se entiende por «beber el fetiche.»

Gandonu tenia colgado en su choza, en el sitio donde se enciende el fuego, el corazon de un Egba, muerto por su propia mano. De un sablazo descuelga aquel corazon, seco y ennegrecido por el humo, lo hace pedazos en el *odo* (mortero donde se machaca el maiz) y lo reduce á polvo entre dos piedras llamadas *olo*. Recoge este polvo en una calabaza y lo reparte entre sus compañeros. Unos lo tragan tal como está, otros lo deslien en aguardiente; todos ponen de estos polvos en calabacines que se atan al cuello y á la cintura. Hecho esto, son ya fuertes y afrontarán el peligro sin temor.

—*Aiya ke le fo* (el corazon no puede palpitar), dicen.

Por su parte Mehum, llegado á Memé con los Egbas sus aliados, se encomienda á los poderosos fetiches que dan la victoria. Toma de entre sus esclavas una jóven, y la conduce á orillas de la laguna de Porto-Novo. *Osa*, el fetiche de la laguna, le hará fuerte en los combates si le ofrece víctimas. Adelántase en medio de sus guerreros reunidos en torno de la jóven negra, y despues de las ceremonias acostumbradas abre el vientre á la infeliz y la coloca en una piragua. Tomando en seguida aceite de palmera, rocía con él el cadáver de la víctima, cúbrelo con cuatro sacos de *cauries* (conchas que sirven de monedas), y suelta la piragua á merced de los vientos y de la corriente, que debian conducirla delante de Porto-Novo. Desgraciado el pescador que se apodere de las *cauries* ofrecidas al fetiche: si toca á ellas, la ciudad «caerá en gran confusion.» Advirtiéndose de ello al rey Messi, quien hizo tocar el *gongon* (campanilla) por toda la ciudad, proclamando que el gran fetiche *Osa* sacaria los ojos al temerario que se atreviese á tocar las *cauries* de la piragua.

No le bastó esto á Mehum. A la noche siguiente, habiendo salido otra de sus esclavas, se apoderó de su hijo, y le machacó vivo en un mortero para «beber el fetiche.»

Efectuadas estas ceremonias renováronse las hostilidades con mucho más encarnizamiento. Despues de algunas escaramuzas, Mehum rechazó á Gandonu y avanzó hasta Ibeji. Mientras los Egbas, sus aliados, atacaban la aldea por un lado, él penetró por el otro, y fué directamente á la casa de Gandonu entregándola al pillaje. Una de las mujeres de este último, próxima á caer bajo el sable del vencedor, obtuvo la vida mostrándole el sitio donde estaban escondidos los tesoros de Gandonu.

—Toma esta caja, le dijo: aquí hallarás con que comer toda tu vida.

Y señalóle un cofre que un esclavo llevó al campamento de los Egbas. Ebrio de gozo, Mehum iba á pegar fuego á la choza, cuando la misma mujer vino á advertirle que al otro lado de la empalizada se encontraban las prisiones de Gandonu: hizo que las destruyesen los suyos, libertó á cuarenta prisioneros y puso fuego á la casa. Igual suerte les cupo á las demás chozas de Ibeji. Los Egbas hicieron cerca de ochenta prisioneros que dirigieron hácia Abekuta, despues de lo cual Mehum y sus aliados regresaron al campamento.

Cuando llegó esta nueva á Agera y sus cercanías, los que eran favorables á Gandonu corrieron á Ibeji; pero era demasiado tarde. Sólo encontraron algunos Egbas rezagados que fueron cogidos y muertos en el acto.

En Porto-Novo la consternacion fué general. Los magnates se reunieron en el palacio del rey para deliberar sobre lo que debia hacerse. Consultáronse los fetiches, quienes declararon que el rey Messi habia de hacer un llamamiento á los valientes de Porto-Novo y tomar parte en la guerra contra Mehum.

Por su lado los sacerdotes de Ifa respondieron que todo iria bien con tal que se ofreciesen pollos y carneros á Sango, Huecy, Afesan, Elegba y Ogun; lo cual fué ejecutado en seguida.

Al segundo dia el rey llamó á palacio á Sai, hijo del antiguo caudillo de guerra de Porto-Novo; le creó *balogun* (general en jefe) y le entregó las insignias que habia usado su padre, á saber, un par de botas, un parasol y una cola de caballo.

El nuevo *balogun*, antes de salir á campaña, habia de invocar tambien á los fetiches. Convocó, pues, para el dia siguiente á todos los habitantes de Porto-Novo aptos para tomar las armas y les dijo:

—Que cada cual ofrezca un sacrificio á los dioses protectores de su choza y otro á su fetiche favorito.

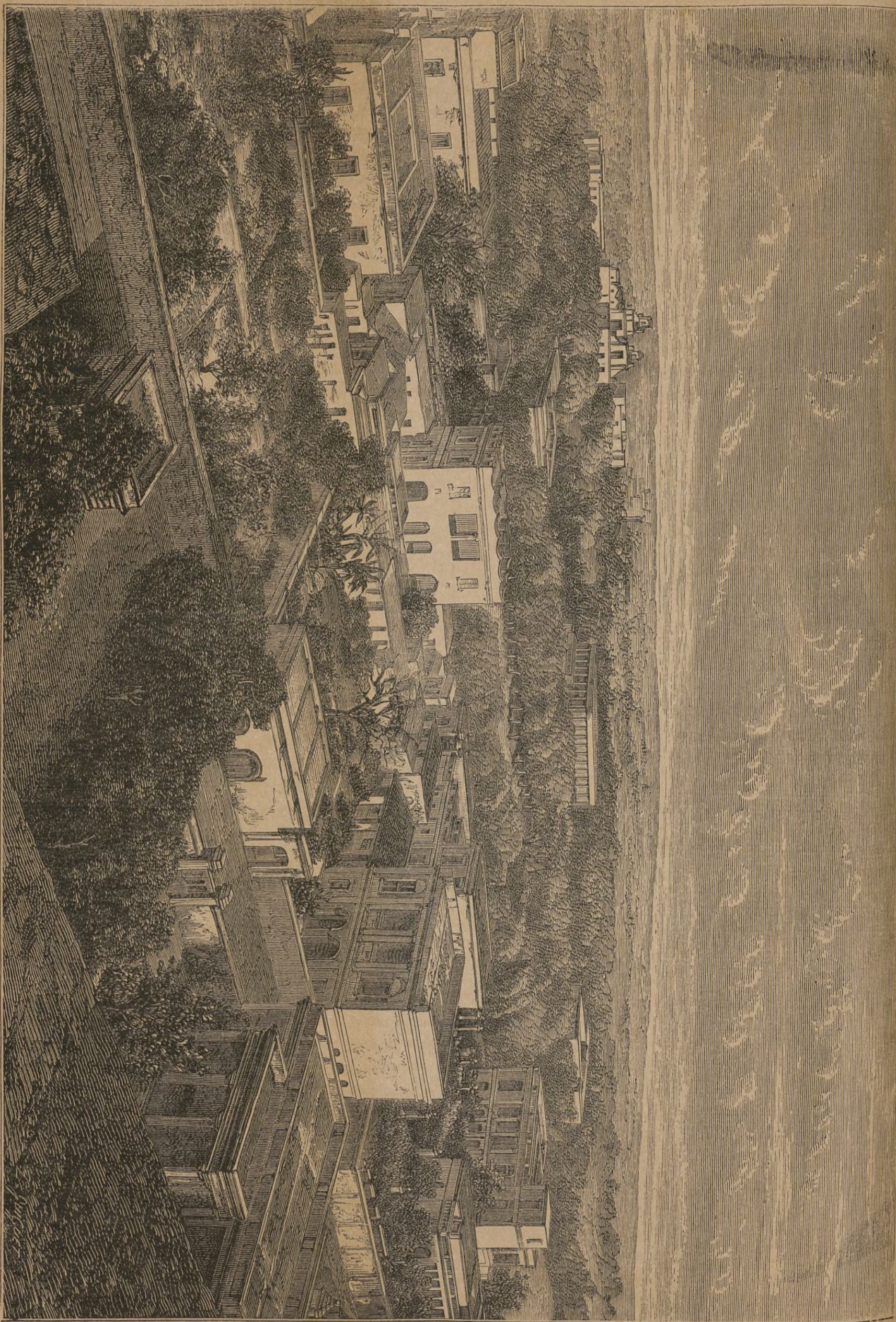
Todos reunidos inmolaron pollos, carneros, bueyes, etc., á los grandes fetiches de Porto-Novo, *Osa*, Huecy, Sango, Afesan é Ifa, para invitarles á que les acompañasen al combate. Ofrecióse además un perro á Ogun, dios de la guerra. Adelantóse el *balogun* en medio de su gente, puso una porcion de balas en una gran calabaza, cortó la cabeza á un perro, cuya sangre hizo caer encima de las balas, y despues hizo secarlas al sol y las distribuyó á sus soldados, diciéndoles:

—El enemigo que caiga á vuestros golpes, ladrará, como el animal sacrificado á Ogun, hasta que muera.

Cogióse despues un sapo, que fué amasado en un mortero mezclándole cierta grasa, con la cual todos se frotaron el cuerpo á fin de hacerle invulnerable á las flechas y á los sables. Por último, introdujose en una tortuga una cantidad tal de anillos que llegaron á abrirla; y cada cual se colocó en el dedo uno de estos anillos. Pregunté para qué servia aquello, y me dijeron:

—¿No ves que la tortuga en cuanto la tocan se mete en su casa y no se la puede herir? Así tambien por medio de estos anillos seremos preservados de las balas.

Terminados los preparativos, púsose en marcha el ejército. Sai, al frente de la caballeria real (compuesta de cuatro ginetes), salió de la ciudad seguido de sus



PONDICHERY.—Vista parcial de esta ciudad. (Pág. 187).

guerreros. Iban todos confundidos, empujándose unos á otros al caminar por estrechos senderos, únicos caminos del país.

El *balogun* aguardó aún todo un día á que sus soldados se hubieran reunido á alguna distancia de las murallas, y luego marchó contra el enemigo. La caballería iba seguida de fetichistas del dios de la guerra, provistos de tres sables. Venia despues el grueso del ejército. Cada soldado iba cargado con un fusil de chispa, un sable ó un cuchillo, y un saco para los víveres, la pólvora y las balas. Los músicos ejecutaban una tocata que desgarraba los oídos. Los oficiales superiores llamados Aiku, Abijé, Ocení, Jofian, Adanhofugi, Odogun y Kokonigan, traían cada cual su corneta, que soplaban con todas sus fuerzas en una especie de caña-flauta, siempre que su jefe quería dar una orden ó excitar á sus gentes para lanzarse al combate.

Llegados al lugar de las operaciones, era preciso, para que no desfalleciesen los ánimos, beber otra vez el fetiche. Gandonu había colgado en su choza los corazones de algunos Egbas muertos por sus manos: hizolos traer y se efectuó la ceremonia ya descrita anteriormente. Además Sai había recibido del rey Messi un cordero destinado á convertirse en fetiche. Con este objeto se le hizo tragar un pedazo de corazón humano y se le ató al cuello un saquito de cuero que contenía otro pedazo de corazón reducido á polvo. Desde el momento en que ha bebido el fetiche, el cordero sigue sin temor al *balogun* al combate.

—Cuanto más fuego se hace, dicen los negros, más contento está: brinca de gozo en lo más récio de la lucha.

Ese fetiche preserva de las balas al *balogun*, y caen en tierra antes de alcanzarle. El general en jefe tiene todavía otro preservativo contra las armas de fuego, y es la cola de caballo que el rey le ha entregado y que agita en torno de su persona: dicha cola tiene guarnecida su empuñadura con toda clase de amuletos (*grigris*).

Así dispuestos para el combate, nuestros guerreros avanzaron llenos de ardor hasta llegar al campamento enemigo. No les dió buen resultado tanta audacia, pues cayeron en una emboscada. Mehum, prevenido, había apostado su gente en los espesos matorrales que se extendían por ambos lados á lo largo del sendero que separaba los dos campos, y tan pronto como el ejército de Porto-Novo se hubo metido en él hallóse acometido por una granizada de balas y flechas, y emprendió la fuga á pesar de los amuletos y del son de las trompetas. Los ginetes fueron los primeros en volver la espalda al enemigo, precediéndoles el valeroso *balogun* y su cordero. Gran número de soldados quedó en el campo de batalla: otros prefirieron entregarse y ser vendidos como esclavos.

La derrota había sido completa; pero nada se supo de ella en Porto-Novo, á donde únicamente fueron llevados dos heridos de bala: ambos tenían la herida en la espalda, pero según ellos ni uno ni otro la habían recibido huyendo. Antes que confesar la derrota, se prefirió dejar que los heridos muriesen en el campamento.

II.—Consternado Sai, envió mensajeros al rey para anunciarle el mal éxito de su jornada. Messi llamó á los fetichistas de Ifa para consultarles qué debía hacerse.

—Sacrifíquese en la laguna—respondió el dios—una joven virgen á Osa, y en el camino que conduce de Porto-Novo al lugar del combate ofrézcase un joven á Ogun.

El rey obedeció. Tomó una joven esclava de su palacio, y por la noche la inmoló á Osa, abriéndola como es costumbre, derramando sobre su cadáver aceite y harina, y hundiéndola por fin en la laguna.

Por su lado los ancianos compraron un joven y le mataron y sepultaron en el camino de Agera.

No estarían satisfechos los dioses con estas ofrendas, cuando el ejército de Sai experimentó una nueva derrota.

Entonces á indicación del dios Ifa se ofreció á Osa un pichón y una gallina colocados en un gran plato de tierra negra y aderezados con aceite y harina.

Esta vez fueron los Egbas los que, temerarios por sus triunfos, avanzaron demasiado y fueron á caer en una emboscada.

Fué aquel un terrible día de represalias: ciento veinte Egbas quedaron en el campo, y cuarenta cabezas fueron enviadas á Porto-Novo, donde para celebrar la victoria se elevó un tablado ó altar (*pepé*) de dos metros en cuadro y adornado con hojas de laurel, y allí fueron expuestas, simétricamente colocadas, las cabezas.

Después de esta primera victoria, continuó encarnizada la guerra. Fueron tan atroces los actos de ferocidad y barbarie que se cometieron, que la pluma se resiste á detallarlos. Los Tolis, aliados de Porto-Novo, se entregaron á excesos incalificables. En cuanto mataban á un enemigo, le cortaban la cabeza y se la colgaban del cuello: le abrían el pecho, le arrancaban el corazón para hacer con él amuletos, y cortaban trozos de su carne que guardaban en su saco para luego hacerlos cocer y comerlos. Las mujeres se precipitaban sobre los cadáveres, les arrancaban los intestinos que colgaban de ciertos árboles como el *obi* y el *kola* á fin de que los dioses les hiciesen producir fruta abundante: otras cortaban pedazos de carne que devoraban cruda.

Cierta noche los Tolis celebraron un banquete reunidos en torno de una grande hoguera, donde no solo cocieron la carne que en sus sacos traían, sino que para saciarse echaron al fuego cuerpos enteros del enemigo que se distribuyeron durante el horrible festín. Esta conducta de los Tolis fué censurada por los habitantes de Porto-Novo, que calificaron de malvados á sus aliados porque comían carne de Egba.

¿Qué había sido entre tanto de los Egbas? A sus primeros triunfos habían sucedido numerosos reveses, cuando su jefe, el Bachoron de Abekuta, fué muerto, y hecho prisionero su guía. Esta última pérdida fué para ellos el postrer golpe. El guía de los Egbas era un habitante de Porto-Novo, hombre rico é influyente, que poseía en Abekuta gran número de esclavos. En un encuentro en que los Egbas fueron rechazados, escapó á todo el correr de su caballo; pero, en su turbación, equivocó el camino, á pesar de conocer perfectamente los senderos; y cuando se creía ya cerca del campo de los Egbas, se encontró sin saberlo en el camino de Agera. Algunos soldados de Porto-Novo le distinguieron y se lanzaron en su persecución. Había casi desaparecido de su vista, cuando un individuo oculto entre los zar-

zales se precipitó sobre él é hirió su caballo con un golpe de estaca. Cayó el caballo, y el infortunado ginete quedó en poder de sus enemigos.

Conducido el prisionero á Porto-Novó en medio de los hurras y gritos de alegría de la poblacion, ofrecieron los Egbas doscientos sacos llenos de *cauries* para su rescate; pero Sai envió á decir al rey que, si aceptaba, abandonaria el mando del ejército y dejaria libre el campo á los Egbas. El monarca guardó su prisionero.

Tal triunfo exigia una ejecucion digna de la majestad real. El ilustre prisionero, con un fetiche sobre la cabeza, fué conducido á la plaza del Gran-Mercado, delante de la puerta del palacio, y el *migan* (ejecutor de altas obras) le hizo poner de cara á la citada puerta y le entregó una botella de aguardiente.

Excusado es decir que toda la poblacion habia acudido á la plaza. Una multitud innumerable se empujaba para gozar del horrible espectáculo que se preparaba: todo era gritos de venganza y salvajes alaridos de placer: todos querian ver la víctima y saciarse en la vista de su sangre.

Cuando el prisionero hubo bebido la mitad del aguardiente el *migan* le ató las manos á la espalda y le hizo arrodillar. Cogiendo entonces la botella, llenóla de aceite de palma é hizo un sacrificio, derramando aquella mezcla sobre la cabeza del prisionero y cortándola en seguida. Tomó luego un puñado de arena, con que frotó la cara y llenó, con la ayuda de un cuchillo, los ojos del decapitado. Después, extendiéndole cuan largo era, despojóle de su *cokoto* (especie de calzoncillos), abrióle vientre y pecho, arrojó los intestinos á una bandada de aves de rapiña y retiró el corazon para su uso.

La cabeza, clavada al extremo de una estaca, fué colocada con el *cokoto* en el centro de la plaza: el tronco fué suspendido por los pies delante del altar.

Entre tanto continuaban las hostilidades, siempre con desventaja por parte de los Egbas. Sartas de cabezas venian á depositarse sobre el altar de Porto-Novó, y numerosos prisioneros llegaban á la ciudad. De estos, unos fueron guardados para destinarlos á los sacrificios de accion de gracias: otros fueron vendidos al Dahomey en cambio de pólvora.

Una mañana se oyeron repetidos tiros, y por todos lados entraron en la ciudad gentes gritando:

— ¡ Los Egbas ! ¡ los Egbas !

El terror habia llegado á su colmo. Todo el mundo corria á esconderse y todas las piraguas de Porto-Novó desaparecieron como por ensalmo llenas de mujeres, niños y hombres que huian. Muchísimos fueron los que perecieron ahogados al lanzarse al agua en busca de salvacion.

Algunas horas despues se vió que todo habia sido un error: los que venian eran unos cuantos soldados de Porto-Novó, que regresaban disparando tiros para celebrar la muerte gloriosa de uno de sus compañeros. Por de contado que al terror y al llanto sucedieron los cantos y gritos de alegría.

Unos cuantos dias más tarde el ejército entero, con Sai y Ogun, dios de la guerra, á la cabeza, efectuaban su entrada triunfal en la ciudad. Los otros dioses habian sido dejados fuera de las murallas. Aquello era una indescriptible mezcolanza de gritos salvajes, tiros y ruido

de tambores é instrumentos. El ejército dirigióse al palacio para saludar al rey. Messi, aunque enfermo á la sazón, salió á bailar en presencia de sus defensores, y para expresarles su satisfaccion les hizo distribuir muchas y abundantes libaciones de aguardiente. Cuando todos se hubieron saciado, pasaron al altar donde estaban expuestas las cabezas de los enemigos. Los fetichistas colocaron delante del cadáver del guía los tres sables del dios de la guerra. Entonces el *balogun* se llenó la boca de aceite de palma, y con toda la fuerza de sus pulmones lo lanzó por tres veces sobre cada uno de los sables: despues todos los soldados, desfilando por delante del altar, tocaron con sus fusiles las cabezas de las víctimas é hicieron una descarga en honor de Ogun.

Terminadas las feticherías y las danzas, los fetichistas cargaron los tres sables sobre sus hombros y los llevaron, seguidos del ejército, á Okoro, barrio de Porto-Novó, donde se halla la choza del dios Ogun. Volvieronlos á colocar en su sitio y se sacrificó un Egba que se reservaba para esta ocasion, quedando expuesto el cadáver á la entrada de la choza del dios.

Al cabo de algun tiempo se fué á buscar á los otros dioses que habian sido dejados fuera de la ciudad; se les ofreció pollos, aceite de palma y harina, y se los condujo á sus cabañas, donde les hicieron sacrificios.

Despues Porto-Novó recobró su calma habitual; ya no se vió más que las cabezas expuestas en las calles, de que los naturales acabaron por no hacer caso alguno. Lo único que no volvió á su centro fué el comercio, que se resintió en gran manera de aquella época de agitación.

N. BAUDIN, misionero de la Costa de Benin.

CANADÁ.

El Ilmo. Faraud, vicario apostólico de Athabaska-Mackenzia, escribe lo siguiente desde la Mision de Nuestra Señora de las Victorias (Lago de la Biche):

...Hasta ahora nuestras Misiones del Norte estaban como si dijéramos encerradas entre cuatro paredes, sin punto alguno de acceso, á no ser cuando apiñados nubarrones vertian sobre la tierra copiosas lluvias que rompian las barreras. Así es que en la última primavera, secos los rios por falta de lluvias, permanecí en el lago de la Biche con más de 7,000 kilogramos de carga destinados á nuestras treinta Misiones, sin poderles enviar la menor cantidad.

Muchas veces probé infructuosamente de abrir á través de los bosques y desiertos un camino que confluyese con uno de los grandes rios del Norte. Si el desaliento no es propio de hombres de corazon, ¿convendria á los hombres de Dios batirse en retirada? Hice explorar una senda tortuosa siguiendo los altos bordes de un torrente; pero por todas partes se encontraban pantanos seculares formados de musgo, leña podrida y tierra arcillosa, que hacian el camino impracticable. El resultado de la exploracion me dejó en la duda, pues unos afirmaban que podia abrirse camino, mientras otros declaraban que era radicalmente imposible. En fin, el 20 de Mayo el P. Collignon, acompañado de un Hermano y doce hombres, púsose en camino para hacer una atrevida tentati-

va, siguiéndoles varias carretas con viveres para un mes.

Aunque enfermo, preparé los bagajes como si estuviese seguro del buen éxito. De vez en cuando recibía noticias, ora satisfactorias, ora desagradables, hasta que el 11 de Junio, cuando nos disponíamos á enviar socorros á los trabajadores, llegó un mensajero á caballo con una carta fechada el 9 del mismo mes, en la cual el Padre Collignon me decia que, despues de explorar minuciosamente el terreno hasta orillas del gran rio Athabaska, podia asegurar que en cinco ó seis dias el camino quedaria suficientemente expedito para el paso. ¡Dios sea bendito! teníamos una nueva etapa!

Este camino, que exigirá nuevos gastos para ser del todo practicable, nos ha costado más de 8,000 pesetas. Anteriormente habia empleado triple cantidad en tentativas infructuosas, aumentando así considerablemente el déficit del vicariato. ¿Caminamos á la muerte ó á la vida? Me inclino á lo segundo. Los milagros se han multiplicado en favor nuestro, y no haré al Autor de ellos la injuria de creer que su mano será menos pródiga en nuestras urgentes necesidades.

Gracias al indicado camino, he abastecido á nuestras Misiones en el último verano y confio hacer lo mismo en el próximo. Más aún; ya que me ha sido al fin posible ausentarme de la Mision de Nuestra Señora de las Victorias, sustituyéndome los PP. Grouard y Collignon, iré á visitar todas estas Misiones en el próximo verano y en los siguientes, para lo cual necesitare dos ó tres años. Humanamente hablando, voy á cometer una imprudencia, porque mi salud no es muy buena para soportar las fatigas de tan largo y penoso viaje; pero Aquel que suple maravillosamente á los medios que nos faltan fortalecerá mi debilidad.

En general estas Misiones van bastante bien. Cada año se convierten algunos infieles, y aumenta la instruccion y el celo de nuestros antiguos neófitos; mas por otra parte el protestantismo, que nos mueve encarnizada guerra, hace fluctuar á los cristianos menos instruidos y apartados de los misioneros, y aún es causa de algunas apostasías. No obstante, la principal dificultad con que tenemos de luchar es la carencia de recursos. En muchas estaciones, en vez de adelantarnos á los ministros del error, el misionero se ve obligado á acogerse en su vivienda si no quiere morir de hambre. Para procurarse su subsistencia tiene que perder tiempo en echar el anzuelo á los peces y armar lazos á los conejos salvajes, ó bien se ve reducido á alimentarse exclusivamente de patatas en un trozo de tierra cultivado por sus manos. Pero si este alimento basta en rigor para impedir que los misioneros mueran de hambre en sus residencias, seria insuficiente para ellos y sus auxiliares en una marcha forzada á través de la nieve.

Aquí estamos rodeados de unos 400 mestizos ó salvajes todos cristianos. Su fe es bastante viva y vienen frecuentemente á confesarse y comulgar; pero el temor del infierno, más que el amor de Dios, es el que les retiene en su deber: quisieran comprar el cielo al precio más bajo posible, y no es lo que debiera su afan en instruirse. Hay, no obstante, felices excepciones. Esta pobre gente es probada actualmente de diversas maneras: ha terminado para ella la caza en las praderas; los dantas (1)

(1) El danta es un cuadrúpedo de la magnitud de un muleto;

van haciéndose cada vez más raros en los bosques; durante el verano van á caza del oso, pero en invierno este animal se oculta; la pesca, generalmente abundante en nuestro lago en el otoño, ha producido poco este año. La carestía, pues, no tardará en dejarse sentir, y para colmo de desgracia la fiebre escarlatina y el sarampion se propagan de un modo alarmante, en términos que no hay familia que se vea libre de dichas enfermedades.

Además de los mestizos, hay treinta familias montañasas, en junto 125 individuos, que nos consuelan con su fervor creciente.

Nuestras escuelas van á las mil maravillas, pero nos vemos en la dolorosa necesidad de no poder dar acogida á las cinco sextas partes de niños por falta de recursos con que mantenerlos.

El vicariato apostólico de Athabaska-Mackenzia, situado al extremo Norte de la América septentrional, está encomendado á la Congregacion de los Oblatos de María Inmaculada. Sólo hace treinta y dos años que un misionero oblato visitó la parte Sud del vicariato. Era el Rdo. P. Taché, hoy arzobispo de San Bonifacio. Hasta entonces aquel territorio, que tiene casi cuádruple superficie que España, no habia visto misionero alguno. El P. Clut, hoy auxiliar del Ilmo. Faraud, fué el cuarto que llegó al país hace veinte años, y á pesar del escaso personal y del breve tiempo transcurrido las poblaciones de aquellas vastísimas comarcas, que eran algo antropófagas y que abandonaban á los recién nacidos, especialmente niñas, y á los ancianos, se han transformado completamente, gracias al celo y á la abnegacion de los Misioneros, de las Religiosas y de los Hermanos, y gracias asimismo á las beneméritas Obras de la *Propagacion de la fe* y de la *Santa Infancia*.

COREA.

RELACION DEL CAUTIVERIO DEL ILMO. SR. RIDEL.

(Continuacion).

Generalmente los nombres europeos son traducidos en caracteres chinos segun el sentido ó el sonido, y frecuentemente se contentan con traducir la primera sílaba del nombre. En China para el que no conoce á una persona es muy difícil dar con el nombre europeo viendo solamente los caracteres; pero en Corea, donde á menudo estos caracteres tienen un sentido diferente del chino, la dificultad llega á lo imposible.

Continuaron haciéndome varias preguntas de ninguna importancia; la conversacion iba languideciendo, y el juez parecia no saber sobre qué preguntarme. Entonces aproveché su silencio para decirle:

—Ved que hace mucho tiempo estoy preso, y el Gobierno nada resuelve. Si pudiera ver al rey, le haria una súplica: ruego á los jueces que me conduzcan á su presencia, ó le transmitan mis palabras. Conoceis lo bastante la Religion para saber que no enseña sino el bien, que induce á los hombres á mejorar su conducta, á ser justos y buenos ciudadanos. Hasta aquí se la ha prohibido bajo fútiles pretextos: no sé lo que piensa el rey, pero me atrevo á suplicarle que nos permita permanecer en Corea, predicar y propagar la Religion. El país y el

tiene la cabeza gruesa, prolongada, con una especie de trompa que encoge y alarga á su arbitrio, y en su extremidad las narices; los ojos pequeños, las orejas parecidas á las del cerdo, la cola muy corta, la piel muy dura, el pelo espeso, corto y negruzco; cuatro uñas en los piés anteriores, y tres en los posteriores. Se domestica fácilmente, y su carne es apreciada por aquellos naturales.

Gobierno no pueden sacar de ello más que ventajas. Tal es el mayor deseo de mi corazón, y estas son las palabras que desearía dirigir al rey.

El juez Ni-kyeng-ha me miró con sonrisa desdeñosa, y en tono breve y apenas articulado dió la orden de hacerme retirar.

Volvióseme á la cárcel, y todos los presos fijaron en mí sus ojos, tratando de adivinar la decisión del juez; decisión que tampoco yo conocía, pues casi ignoraba hasta el objeto de aquel interrogatorio, que verdaderamente me había sorprendido. Sospechaba si habría llegado algún despacho de fuera, pero ¿de dónde y con qué objeto? Conté á Juan lo que me había pasado, que no le admiró poco.

Un jefe de satélites vino de parte del juez á pedirme nuevas explicaciones, y preguntó también á Juan, quien no pudo darle ninguna y perdió inútilmente el tiempo en hacerle comprender que aunque se conociera el nombre europeo de un personaje, no por eso se llegaría á saber su nombre chino ó coreano. Los jueces marcharon, el uno al palacio real, y el otro á casa del jefe primero. Momentos después la prision volvió á quedar en calma.

XV.

El 3 de Junio nos dijeron se había generalizado el rumor de que iban á mandarme á mi país, cediendo á las reclamaciones del Gobierno francés; pero estábamos tan acostumbrados á oír estas noticias, que no lo creímos.

El día 5 celebraba el aniversario de mi ordenación de sacerdote; había prevenido á los cristianos, y estábamos todos de fiesta. El jefe del puesto, de gran uniforme, se presentó á la puerta del calabozo, y me dijo le siguiera. Di un apretón de manos á Juan, bendije á todos los cristianos y salí detrás de mi guía, que me condujo á la cámara de los satélites, fuera de la prision; luego se me hizo entrar en el patio de otra que estaba desocupada, diéronme agua, y experimenté un verdadero placer al lavarme cara, manos y pies.

Volvia á lucir el sol para mí; acaricié algunos tallos de yerba que allí crecían; ¡hacia tanto tiempo que no veía cosas semejantes!... Contemplaba extasiado el cielo; miraba las montañas en lontananza. Todo me parecía nuevo; todo más bello que nunca.

Muchos satélites se acercaron á verme. Dijéronme que me iban á mandar á la China, y que en Pekín se me pondría en manos de los europeos de mi país; que se me hacía un traje nuevo para el viaje, y que cuando todo estuviese dispuesto, partiríamos. Yo pensaba que, si verdaderamente querían volverme la libertad, el juez me lo haría saber de cualquier modo; por tanto esperaba una comunicación oficial antes de dar fe á aquellas palabras.

—¿Estás contento de marchar?

—¿Cómo puedo estarlo? Sabeis que sólo me anima un deseo, el de permanecer aquí para continuar enseñando y propagando la religión: puesto que me arrojan y en tanto se quedan los cristianos en la cárcel, ¿cómo no he de sufrir?

—Es que se va á poner en libertad á todos los cristianos.

—¿Será verdad?

—Sí; porque marchando su maestro nada pueden

hacer; ¿qué podría temerse de ellos? Se les va á mandar á todos á sus casas.

—¿Sin nuevos interrogatorios, sin suplicios?

—Ciertamente.

Pronto se difundió la noticia de que yo había salido de la cárcel y que se me tenía en los departamentos del tribunal, donde podía ser visitado. Inmediatamente el local fué invadido por una turba de curiosos. Hubo necesidad de encerrarme en un patio, pero pronto escalaron las paredes. Los satélites me daban á conocer á sus padres, á sus amigos; me era forzoso recibir á todo el mundo y responder á todas las preguntas. El pueblo de la capital es verdaderamente bueno; todos me hablaban cortés y afablemente, incluso los mismos nobles, que se presentaron alguna vez en número de treinta. El mandarin gobernador de las prisiones, que vivía en el tribunal, vino á buscarme, y cerrados en su habitación con algunos de sus amigos, departíamos á nuestras anchas. Escuchábanme con tanto interés, que algunas veces pude hablarles de la doctrina que había ido á predicar. Por la tarde el gobernador me llamó, y me acordé entonces de haber sido llamado otras dos veces á las altas horas de la noche para responder á sus preguntas. Parecía oírme con agrado; admiraba mi manera de explicar la creación del mundo, y decía que la doctrina de los diez mandamientos era muy bella. Por mediación suya, tuve ocasión de conocer á otros muchos empleados de la Corte.

Todos hablaban de mi marcha, y muchos decían entre sí: «Han hecho bien en darle libertad; era lo único que se podía hacer.» No obstante, ni un solo momento me abandonaba el recuerdo de mis pobres cristianos presos. Un día dije al juez:

—¡Oh! si pudiese ver al viejo Juan Tchoi!

—¿Deseáis verle? Nada más fácil; voy á mandar que traigan todos los cristianos.

Inmediatamente dió la orden de llamarlos. Su vista me consoló; me esforcé á animarles á la paciencia y á la confianza en Dios. ¡Ah! yo estaba en libertad, pero ellos quedaban presos: ¿quién podrá explicar la magnitud de este sacrificio? El viejo Juan permaneció allí más tiempo. Pregunté al gobernador qué sería de los cristianos presos, y me respondió:

—Se les va á poner en libertad á todos. ¿A qué viene tenerles presos habiendo dado libertad á su jefe?

—¿Es cierto?

—Ciertísimo: en cuanto marcheis, se les mandará á todos á sus casas, y á Tchoi-Laing-uen (Juan) se le devolverá la casa que habitábais con todo lo que le pertenecía...

Juan se fué muy triste.

—¡Ah! dijo, ¡no volveré á ver al Obispo!

—Valor, en el cielo seguramente nos veremos.

Volvió á su prision, y ya no pude verle más.

Mis cajas habían sido trasladadas del tribunal de la derecha al de la izquierda. En presencia de muchos empleados fueron abiertas, y su contenido se colocó en el suelo. Todo estaba revuelto ó roto. Hicieron un inventario de lo que contenían, y después me llevaron la lista para que la firmase, á lo cual me negué. Todo lo que tenía algún valor, como relojes, cálices, etc., hasta los vasos de los santos óleos, había desaparecido.

NUEVA-NURSIA.

HISTORIA DE UNA COLONIA BENEDICTINA EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL.

CAPÍTULO V.

Aprendizaje de la vida agrícola. — Suerte de la mujer salvaje. — Antropofagia.

De regreso á Nueva-Nursia por la estacion de la sembrera, el P. Salvado señaló una porcion de tierra á cada uno de los salvajes que le habian ayudado desde el establecimiento de la Mision, arrancándoles así definitivamente á los azares y peligros de la vida nómada. Satisfechos de verse casi propietarios, los indígenas pusieron manos á la obra con ardor, y en breve descuajaron y empanaron sus respectivos lotes.

Alentado por este buen éxito, nuestro misionero decidió darles algunos sueldos como precio de su trabajo, haciéndoles comprender al mismo tiempo que, si los ahorran, al cabo de cierto tiempo podrian procurarse objetos de utilidad ó de recreo; una gallina ó una oveja, por ejemplo, y aún un tocino, una vaca ó un caballo. Parecióles excelente la idea, pero suplicaron al Padre Salvado les guardase las monedas en depósito. Procuróse el misionero una caja con varios compartimientos, en la que ponía cada sábado el salario de los salvajes trocados en agricultores. Daba gusto verles en tal dia computar con infantil gozo, auxiliados por un catequista, las semanas que debian aguardar todavía para comprar un gallo ó un tocino gordo. Los mismos que un año antes hacian burla de los misioneros al verles arar la tierra ó arrancar los árboles, no se acordaban ya de sus bosques ni de la caza del kanguru, hacian por el contrario proyectos de propietarios.

Este aprendizaje de propiedad dió tambien por resultado unir á australianos y europeos por relaciones de comercio que les colocaba en igualdad civil. Antes de la llegada de los Benedictinos los indígenas eran tratados por los colonos ingleses, segun dijimos, poco menos que como bestias de carga. Ninguno se atrevia á salir de sus bosques. Los PP. Serra y Salvado habian ya conducido muchos á Perth, y supieron hacerlos respetar. Desde entonces los australianos no temieron entrar en relacion con los ingleses. Cuando un indígena habia reunido una suma suficiente, iba á Perth con un billete del misionero para procurarse en casa tal ó cual mercader una buena camisa, sólidos pantalones, sombrero, etc. A su regreso á la Mision, así vestido á la europea, excitaba la admiracion de sus compatriotas, que se proponian trabajar asiduamente por parecerseles.

A propósito de esos billetes dados por el misionero con objeto de impedir á los malintencionados abusar de la sencillez del salvaje, debemos hablar del respeto casi supersticioso que á los australianos les inspiran las cartas, á las cuales denominan «papeles parlantes.» Hé aquí un ejemplo. Uno de los pastores europeos empleados en la Mision habia encontrado un nido de *bandicoots*, lindos animalitos muy parecidos á los ratones, pero sin cola, y envióslos al P. Salvado por medio de un salvaje con una carta. Por el camino dejó éste escapar uno de los animalitos. Recibió el presente el misionero, y habiendo leído la correspondencia dijo al australiano:

—Se me habla de cuatro pequeños *bandicoots*, y no veo sino tres; ¿en dónde está el cuarto?

A estas palabras abrió el interpelado desmesuradamente los ojos y más aún la boca, y miró estupefacto á los presentes.

—Ya lo veo, respondió sonriendo el P. Salvado; has dejado escapar el cuarto.

Estas palabras llevaron hasta el colmo la consternacion del indígena, quien no sabia darse cuenta de cómo el Padre tenia conocimiento de una cosa que habia sucedido en la soledad de los bosques, lejos de toda mirada humana. Así la mejor excusa que alegaban los salvajes al acusárseles injustamente, era decir:

—Tomad el libro ó la carta que habla, y veréis que tengo razon.

El ascendiente que ejercia sobre los indígenas el Padre Salvado iba, pues, cada dia en aumento. Atribuíanle conocimientos universales, especialmente en el arte de curar las enfermedades. Hemos visto ya cómo obtuvo algunas inesperadas curaciones. Pero cuando le pedian que les sanara las crueles dolencias contraídas en su comercio con europeos corrompidos, veíase obligado á confesar su impotencia para aliviarles. Sin embargo, la compasion que le inspiraban esos males movieronle á suplicar á un médico de Perth, amigo suyo, le facilitase algunos remedios enérgicos, y así pudo devolver la salud á muchos australianos que frecuentaban la Mision. Las más de las veces la curacion del alma seguia á la del cuerpo, y los enfermos, que veian desaparecer sus úlceras, convertíanse muy pronto en fervorosos neófitos. Un salvaje cuyo cuerpo estaba cubierto de llagas llegó un dia á Nueva-Nursia llevado por sus cuatro mujeres. El P. Salvado le cuidó durante dos semanas, y la curacion fué completa. Transportado de alegría, el indígena daba saltos y danzaba entonando sus cantos guerreros, y para demostrar á su caritativo médico su agradecimiento, le dijo:

—Padre, podeis estar seguro que, cuando moriréis, lo sentiré tanto que sacrificaré, no sólo un hombre de la tribu enemiga, sino hasta seis cazadores de kangurus para manifestar á todo el mundo el afecto que os profeso.

Fué preciso que el misionero moderase esos arranques de gratitud, haciendo prometer además al australiano que reemplazaria las víctimas humanas por bestias salvajes.

El P. Salvado aprovechó la buena disposicion de los indígenas para cultivar mayor extension de terreno y aumentar las construcciones de la colonia monástica, con objeto de que cuando regresase de Europa el P. Serra hubiese suficiente alojamiento para los nuevos misioneros que con él se esperaban.

Por aquel mismo tiempo los Benedictinos de la Congregacion de Inglaterra, que formaban una gran parte del clero de la Australia oriental, sabedores de los prolongados sufrimientos de sus hermanos españoles en la diócesis de Perth, decidieron acudir en su auxilio. El Ilmo. Polding, arzobispo de Sydney, les hizo escribir por el monje de Solesmes que habia venido á compartir los trabajos de los hijos de san Agustin de Cantorbery, que serian recibidos con la mayor cordialidad en la capital de la Australia si no pudiesen continuar su apostolado entre los salvajes. Conmoverió vivamente al P. Salvado esta muestra de afectuoso interés, pero respondió que nada del mundo, á no ser la muerte, podria sepa-

rarle de sus queridos australianos, especialmente entonces que la miés empezaba á producir sus frutos.

En apoyo de esta declaracion, el P. Salvado aprovechó de la benevolencia del nuevo gobernador de la Australia occidental, sir Fitz-Gerald, para pedir se le considerase como indígena inglés. «Juzgué como el Apóstol, escribe el celoso misionero, que debía hacerme todo para todos; salvaje con los salvajes, inglés con los ingleses, á fin de ganarlos más fácilmente para Jesucristo.» Reconocido súbdito británico el 24 de Agosto de 1848, pudo en calidad de tal defender ante el juez inglés á un prisionero australiano cuya inocencia le constaba, y hacerle poner en libertad. El salvaje habia sido implicado en un robo de ganado hecho á pastores europeos, lo que era el vicio dominante en los indígenas, estimulados siempre por el hambre. «Pero, advierte el P. Salvado, nunca sucedia que los merodeadores se cebaran en los rebaños de la Mision. Muy al contrario, si una de nuestras ovejas ó algunos corderitos se extrañaban al volver de los pastos, estábamos seguros de que al dia siguiente los mismos salvajes nos las traerian en hombros.» La escarcelacion del indígena, debida á la defensa del misionero, hizo mucho ruido. Los naturales del país comprendieron que habian encontrado un protector, y le amaron desde luego, especialmente cuando el prisionero libertado hubo reproducido en su presencia, con el raro talento de imitacion que poseen los australianos, los gestos y hasta las entonaciones de voz de su improvisado defensor.

A su regreso de Perth, vió éste considerablemente aumentados los rebaños por el nacimiento de corderitos y una magnífica cosecha. «Recuerdo, dice, que encontrándome entre la miés las espigas sobrepujaban mi cabeza. En solo un pié conté hasta treinta y nueve tallos, y en cada uno de estos una espiga de cinco pulgadas de longitud. ¡Bendicion del cielo! Tan abundante cosecha nos ponía en lo sucesivo al abrigo del hambre. Ya no nos verémos obligados á abandonar los trabajos agrícolas por falta de fuerzas, y á buscar, para sustentarnos, raíces, goma de los árboles, culebras, serpientes ó gusanos de tierra.» La siega en tal año se hizo rápidamente, pues los salvajes eran ya hábiles segadores.

Terminada la siega de los campos de la Mision, cada australiano emprendió la del suyo propio, presentando el producto á la gran plaza del Monasterio. El P. Salvado les dirigió entonces este discursito:

—Hijos míos, cada uno de vosotros tiene ahora su provision de trigo. De ella haréis dos partes: la primera se destinará para vuestro sustento y para la siembra del año; la segunda será conducida á Perth en los carros de la Mision para venderla en vuestro provecho. Me entregaréis el dinero, que servirá para compraros vestidos, útiles caseros, animales domésticos, instrumentos agrícolas, etc. Pero os estará prohibido revender esos objetos ó matar vuestros animales sin mi permiso, á causa de qué se os podría engañar en la venta, y de que es preciso dejar que se multipliquen las ovejas, los tocinos y las gallinas. ¿Estais contentos?

—¡Muy bien, muy bien! exclamaron todos: habeis hablado perfectamente.

No pensaron ya más en sus cazas interminables en persecucion del kanguru ó del emu (avestruz), antes

bien proyectaron levantar reducidas cabañas próximas á sus campos, y formar de este modo una poblacion al rededor de Nueva-Nursia. Tal era tambien el deseo de los monjes españoles, pero tenian que experimentar aún algunas contrariedades antes de verlo cumplido.

Satisfecho de ver el sustento de los misioneros y de los indígenas de la Mision asegurado por un año, el Padre Salvado ocupóse en la construccion de una pequeña iglesia de madera, fuera de los muros de la granja monástica. Aguardaba con impaciencia el regreso del Padre Serra, cuando á lo mejor recibió de Perth la noticia de que este religioso habia sido elegido, el 9 de Julio de 1847, obispo de Puerto-Victoria á peticion del Ilmo. Polding, nombrado arzobispo de Sydney. «Al recibir por el ilustrísimo Brady la noticia de esta eleccion, escribe el Padre Salvado, sentí que las fuerzas me abandonaban y desvaneciéronse todas mis esperanzas. El Ilmo. Serra era perdido para la Mision benedictina, toda vez que la nueva ciudad de Puerto-Victoria distaba más de 600 leguas al Norte de Nueva-Nursia, y que el trayecto debía hacerse por mar. El nuevo Prelado, como se deja suponer, conduciria á ella los misioneros reclutados en Europa, y se serviria de parte de los recursos allegados en un largo viaje, para las necesidades de la nueva diócesis, casi tan pobre como nuestra Mision. Por espacio de cuarenta dias me angustiaron cruelmente estas tristes reflexiones; pero al fin la gracia triunfó de la rebeldía de la naturaleza: consideré que las obras de Dios no tienen necesidad de los medios humanos, y que la divina Providencia, que tan frecuente y manifiestamente habia venido en ayuda de la Mision, la salvaria tambien de ese peligro. Humilléme, pues, en la presencia del Señor, y lleno de confianza en la proteccion de la santísima Trinidad, cuyo título lleva nuestro monasterio, resolví continuar la obra de la colonizacion católica que empezaba á tener buen éxito.»

El misionero comunicó el ardor de su celo á sus dos catequistas, sobre quienes pesaban tantas ocupaciones agrícolas en aquella estacion del año, que apenas les quedaba tiempo para remediar su propia miseria. Desde luego tuvieron que proceder á la limpia del vellon de las ovejas y de los corderos, que se llevaba á efecto inmediatamente despues del esquila. Para esta operacion era preciso pasar gran parte del dia en el agua, á fin de purgar la lana de todas las inmundicias de que se llenan los rebaños en los bosques y en los pastos. Transcurrióse mes y medio en tan penosos trabajos, lo que por cierto no parecerá excesivo si se tiene en cuenta que las cabezas de ganado del monasterio ascendian á la importante cifra de 1,800. Los pastos de la Mision no eran ya suficientes, por lo que el P. Salvado comunicó su apuro al excelente salvaje llamado Bigliagoro, á quien habia instruido, bautizado y conducido repetidas veces á Perth. Este, que conocia todos los alrededores, poco tardó en encontrar las praderas que hacian al caso. Partió, pues, y los rebaños fueron apacentados en excelentes condiciones. Pero la suerte de los que les conducian era menos grata, pues corria el mes de Diciembre, época del más grande calor en Australia, y estaban secas todas las corrientes de agua.

«Teníamos té, azúcar y harina, escribe el P. Salvado, pero ni una sola gota de agua. Hice partir á Bigliago-

Y á los demás salvajes en diferentes direcciones, y yo tambien partí por otro lado, á fin de tener más probabilidades de descubrir alguna fuente ó receptáculo de agua pluvial. Despues de algunas horas de marcha, regresé rendido de fatiga y sin haber podido dar con el más pequeño manantial del deseado líquido. Así es que experimenté viva satisfaccion al ver que la marmita de té hervia sobre una hoguera de sándalo, madera bastante comun en aquellos parajes, y cierta cantidad de galletas que cocian en la ceniza. Despues de una comida modesta, pero que la necesidad nos la hizo creer deliciosa, dispúseme para descansar, cuando se me ocurrió preguntar á Bigliagoro cómo habia podido encontrar agua. Mi salvaje abrió su grande boca mostrándome su doble hilera de dientes, que era su manera de reir; y sospechando yo algun misterio, insistí.

«—Hemos andado mucho tiempo sin encontrar agua, respondió; y nos ha sido preciso hacer la pasta con nuestra saliva. Por último, en el hueco de una roca hemos visto un pequeño receptáculo de agua pluvial, pero estaba en tan mala disposicion, que ha sido preciso aspirarla con la boca y verterla luego en la marmita.

«—¡Desventurado! debias habérmelo dicho antes.

«—¡Oh, no! repuso tranquilamente Bigliagoro: el Padre es tan delicado que no hubiera querido comer.

«Nada podia responder; por lo que resignéme, procurando conciliar el sueño.»

Habiendo provisto á la subsistencia de los rebaños para más de un mes, pues este era el grande negocio del momento, á causa de que aquellos constituian una de las más preciosas bases alimenticias de la Mision, el P. Salvado prosiguió sus trabajos apostólicos y agrícolas en Nueva-Nursia.

En la tarde misma de su llegada, mientras rezaba con su breviario delante la puerta de la nueva capilla, cuya techumbre acababa de terminarse, oyó gran tumulto entre los salvajes. El ruido de los golpes se mezclaba al de las imprecaciones. Acudió presuroso y vió una decena de mujeres que se descargaban tremendos golpes con largos palos llamados *vané*. Interpúsose en seguida para separarlas, pero era tal el encono que las animaba, que no pudo hacerlas entrar en razon. Fué preciso que, como buen padre obligado á corregir á sus hijos, tomase una vara y frotase las espaldas de las más recalcitrantes. Cesó el combate, aunque no sin dejar como muestra algunas heridas que habian cubierto de sangre su piel negra y luciente. Los maridos de estas mujeres fumaban tranquilamente al rededor de una hoguera, riéndose de los golpes que se daban sus compañeras.

—¡Cómo! exclamó el P. Salvado, vuestras mujeres se baten á muerte, y vosotros os estais aquí tan tranquilos, y aún os chanceais, en lugar de esforzaros por separarlas!

—¡Oh! replicaron ellos; ¿quién quereis se ocupe de las querellas de las mujeres?

—Vosotros, que sois sus maridos.

—¿Nosotros? Esto nos tiene sin cuidado.

—Pero, en fin, ¿si alguna de ellas sucumbiese?

—Para cada una que muriese quedarian mil.

El misionero comprendió que aún era preciso transcurrieran algunos años de vida cristiana y civilizada para enseñar á esos hijos de los bosques los miramientos debidos á sus mujeres. Se ocupó por de pronto en vendar

las heridas, algunas de las cuales ofrecian gravedad, y luego en procurar que volviera á reinar la paz y la concordia en aquellos corazones salvajes. «Pobres mujeres, dice el P. Salvado, si sois alguna cosa en las sociedades modernas lo debeis al Evangelio de Jesucristo. Entre los salvajes estais reducidas al último grado de abyeccion. En vuestro nacimiento vuestra vida pende de muy poca cosa. Estais condenadas á morir si vuestra madre ha padecido mucho al daros á luz, si sois mal conformadas y aún tan sólo por ser la tercera hija de la familia. En vuestra infancia y juventud podeis ser devoradas por vuestros propios padres en caso de hambre; y por último, llegadas á la edad adulta, os encontrais convertidas en bestias de carga, en cosa de vuestro marido, que puede mataros ó dejaros perecer sin incurrir en el menor reproche. Oh mujeres de Europa, vosotras que gozais del don inestimable de la fe católica y de todas las ventajas que la acompañan, acordaos de vuestras pobres hermanas de Australia; y si os es posible, ayudad con vuestras limosnas á los misioneros para libertarlas de su degradacion física y moral haciéndolas cristianas y civilizadas como vosotras.»

Refiere el P. Salvado que en tiempo de grande hambre los australianos se comian entre sí, sin perjuicio de las comidas antropófagas que hacian siempre despues de sus combates. A continuacion transcribimos un hecho personal que supo por su fiel Bigliagoro:

«—Estábamos en invierno, y habia llovido durante seis dias. A la lluvia sucedió intenso frio, y nos fué imposible procurarnos comida por medio de la caza. Éramos cuatro familias reunidas, furiosas por el hambre. Entonces uno de los ancianos tomó su *dawack* (palo endurecido al fuego), y acercándose cautelosamente á mi hermana mayor le asestó un terrible golpe en la cabeza, derribándola al suelo sin sentido. Al momento precipitáronse sobre ella y la extendieron, palpitante todavía, sobre una hoguera. Apenas estaban asadas sus carnes empezaron á devorarla á grandes bocados. Tambien yo tuve mi parte, y aunque la sangre que corria por mis labios y mis manos era la de mi propia hermana, no me preocupé poco ni mucho, pues además de ser á la sazón muy jóven me estimulaba sobremanera el hambre. Sin embargo, si yo hubiese comprendido entonces el gran crimen que cometia, y á tener mayor edad, hubiera defendido á mi hermana á costa de mi vida. Cierto que, por otra parte, su desdicha hubiera recaído sobre otra jóven, huérfana como ella, y bastante gorda para satisfacer nuestra voracidad.»

Otro salvaje, que habia comido á su sobrina en parecidas circunstancias, excusábase así con el misionero:

«—Nos encontrábamos en los bosques, y en dos dias no habíamos comido sino algunos lagartos. No pudimos cazar un kanguru ni un emu en toda la comarca que recorrimos, y aún habia que hacer dos jornadas antes de llegar al campamento. Estaba solo con mi sobrina, y la pobre niña á cada paso caia rendida de cansancio. Despues de llevarla en hombros algun tiempo, juzgué que era preferible matarla á verla sufrir, y luego la comí para restaurar mis fuerzas y terminar mi camino.»

Era, pues, á esos antropófagos que así comian á sus parientes, que devoraban hasta los miembros de sus

mueritos tres dias despues de sepultados, y que huian de los europeos como de las fieras, á quienes nuestros monjes benedictinos habian acostumbrado en tan poco tiempo á llevar una vida casi civilizada. No sólo prestábanse á todos los trabajos agrícolas que se les pedia, sí que hasta ofrecian solícitos sus hijos á los misioneros; y aún los mismos que no habian recibido el Bautismo asistian con gran respeto al sacrificio de la Misa y al Oficio divino.

Las mujeres australianas comprendieron espontáneamente la necesidad de hacer algunos progresos en la civilizacion. Cumplian ya puntualísimas la obligacion impuesta por el P. Salvado de no presentarse en la Mision sino cubiertas con sus mantos de kanguru. Pero este pesado vestido, que denominaban el *boca*, les molestaba singularmente durante el trabajo, pues estas pobres salvajes eran más asiduas que sus maridos á todas las ocupaciones agrícolas. Pidieron, por lo tanto, al misionero algunas camisas. El P. Salvado mandó comprar en Perth una grande pieza de tela de algodón. «Entonces me puse, nos dice, á cortar camisas, Dios sabe cómo; y despues de haber enseñado á las mujeres salvajes la manera de hacerlas, cada una empezó á coser la suya. Confieso que experimenté grande consuelo al verlas ocupadas cada dia en estos quehaceres como graves matronas. Sin embargo, habia verdaderamente para reir al ver aquellas costuras, hechas por manos tan inexpertas: unas eran estrechas, otras anchas, y todas muy irregulares. Estas pobres australianas, empero, habiéndose puesto sus camisas, encontrábanse tan bien con ellas, que batian las manos y danzaban de gozo. Hasta los maridos quedaron muy complacidos del nuevo traje de sus negras esposas.»

EL PAÍS DE KIEN-TCHANG.

Relacion del Rdo. Gourdin, misionero del Su-tchuen meridional.

I.

La provincia del Su-tchuen se divide en cinco grandes gobiernos ó *tao*, correspondientes á los cuatro puntos cardinales y á una subdivision llamada bajo-meridional. El alto meridional comprende tres prefecturas de primera clase: Ya-tcheu, Kia-tin y Nin-yuen-fu, y dos de segunda clase: Nin-tcheu y Kiong-tcheu, bajo el nombre genérico de Kien-lan.

La prefectura de Nin-yuen-fu forma por sí sola el país propiamente dicho de Kien-tchang. Tiene por límites, al Norte el rio Tug-ho, que la separa de los países dependientes de Ya-tcheu; al Sud la provincia de Yun-nan; al Este las montañas de Leang-chan, y al Oeste los países tibetanos. Al Norte no hay más que montañas y mesetas elevadas, frias y casi incultas. En siete jornadas de marcha casi no se encuentra ningun terreno cultivado fuera de los alrededores de la ciudad de Ue-hy, que lo son á la chinesca en una extension de algunos kilómetros. Más léjos las montañas se separan un poco, y se viene á parar á un valle regado por un riachuelo que recorre la comarca hasta las fronteras del Yun-nan. Este rio, que se atraviesa á vado durante una mitad del

año, es terrible en verano; tanto es así, que no hace mucho derribó los muros de recinto de mi casa, distantes más de un kilómetro de su lecho. Junto á sus riberas se escalonan pequeñas llanuras más ó menos anchas, situadas entre montañas paralelas, de las cuales unas se apoyan sobre el Leang-chan, y otras ven correr en su vertiente opuesta el Kia-ho ó rio Azul.

El Kien-tchang vendrá á tener unos 480 kilómetros de largo por un ancho que varia entre algunos kilómetros y cuatro ó cinco jornadas de marcha, si sólo se tiene en cuenta la parte habitada por la poblacion china. La más hermosa llanura se halla frente á la ciudad de Nin-yuen-fu, y tiene una extension de 20 kilómetros de largo por 15 á 20 de ancho. En cuanto á las montañas, su extension es muy difícil de medir. Me han asegurado que al Este pueden atravesarse en cinco dias en el sentido de su mayor ancho: al Oeste se intrincan en las interminables gargantas del Tibet.

Los valles están generalmente ocupados por los chinos cada dia más numerosos, quienes aquí como en todas partes han tomado lo mejor que habia. En las montañas del Este vive la tribu de los Lolos: de éstos algunos se dedican á faenas agrícolas, otros á apacentar ganados; pero la mayor parte de ellos son unos pícaros consumados que reducen á esclavitud á cuantos chinos caen en su poder. Al Oeste las montañas están pobladas por una mezcla de tribus: allí se encuentran Lolos, Sy-fan, Mo-so, tibetanos que tienden á desaparecer cada vez más ante las invasiones del chino, tan destructor de sus bosques como ávido de sus bienes.

Bastante frio en el Norte, el clima es en el Sud cálido en extremo. El 23 de Marzo tenia 37° centígrados en mi aposento á la sombra. El año se divide comunmente en dos partes: la estacion de las lluvias de Junio á Setiembre, y la estacion seca de Octubre á Mayo. Durante estos últimos ocho meses es raro ver una nube, y la lluvia es una maravilla; pero en cambio sopla un viento que todo lo derriba y levanta un oscuro y denso polvo. Tambien los chinos de aquí son más atezados que los del exterior. Los más de ellos no son naturales de este país, sino emigrados de otros puntos de la provincia, que han venido con la esperanza de hacer fortuna. Obsérvese que en el alto Kien-tchang los niños crecen con dificultad. Nada más comun que familias sin niños.

En lo civil la prefectura de Nin-yuen-fu está dividida en cinco sub-prefecturas: Yue-si-tin, Hui-ly-tcheu, Sy-tchang-hien, Mien-nin-hien y Yen-yuen-hien. Cada una de estas sub-prefecturas forma dos subdivisiones, administradas por dos mandarines subalternos. Los más notables son: Ly-cheu y Te-tchang: esta última es la gran plaza mercantil de todo el Kien-tchang.

En lo militar el país está regido por un *tchen-tay* (general de division) residente en Kin-yuen-fu, que extiende su jurisdiccion hasta Ta-tien-lou y los países tibetanos. Dos *tsan-fu* (brigadieres) residen en Yue-si y en Hui-ly-tcheu. Además todo el camino del Norte hasta Mien-chan, es decir en una extension de seis jornadas, está ocupado militarmente por campamentos con pretensiones de estar atrincherados, los cuales en los sitios de peligro sólo distan unos de otros algunos kilómetros. Los valientes apostados allí tienen fama de proteger al viajero; pero malas lenguas les acusan de hacer á me-

nudo causa comun con los bandidos chinos ó Lolos, y de compartir con ellos el botín. Lo cierto es que llegan siempre demasiado tarde para proteger eficazmente á los viajeros. En el resto de la provincia los militares son despreciados y no tienen prestigio alguno; pero en Kien-tchang, como son numerosos y varios tienen alta graduacion, se han sobrepuesto completamente á los mandarines civiles, obligados muchas veces á someterse á su voluntad.

Además de los cereales produce el país de Kien-tchang mucho opio, se crían en él ganados, exporta cueros y tablas de ataúd, extraídas la mayor parte de antiguos bosques y muy buscadas en el exterior, donde son tenidas por incorruptibles y alcanzan precios fabulosos (de 6,000 á 8,000 francos el ataúd). Por fin, en el mes de Mayo el famoso gusano de cera blanca (*pè-là*) es objeto de un inmenso comercio, de que viven durante toda la mitad del año los pueblos de la parte del Norte, los cuales no producen absolutamente nada. En 1876, según el recaudo de la aduana, pasaron en menos de un mes 80,000 fardos de esta mercancía; pero este año hay pocos gusanos, y el número de fardos no ha llegado á 2,000. Por esto la miseria es grande, contribuyendo á que los malhechores aumenten sus fechorías.

II.

Como el Kien-tchang está situado en la extremidad de la provincia, y su acceso es bastante peligroso, nunca había tenido misioneros con residencia fija. Algunos centenares de cristianos que allí había eran visitados muy de tarde en tarde por unos sacerdotes del Yun-nan, los cuales hallándose fuera de su demarcación no podían fundar ninguna instalación formal. Sin embargo, en 1867 fueron bastante numerosas las conversiones de paganos, y si este movimiento hubiese continuado, es probable que nuestros cristianos se contarían ahora por millares. Pero en aquella época el Su-tchuen meridional escaseaba de misioneros y de recursos, y á pesar de muchas gestiones estos pobres neófitos no pudieron obtener un sacerdote. Así es que han desaparecido; no quedan más que 200 antiguos cristianos dispersos en un trecho de once jornadas de camino, y el grupo más compacto no llega á cuarenta personas. Mucho se resienten estos infelices del abandono en que se les ha dejado. Conocen desgraciadamente los siete pecados capitales más por la práctica que por el Catecismo, y el cultivo

del opio es de lo menos que hay que hablar. Verdaderamente cristiano no hay más que el país de Hong-pu-so al extremo de la frontera del Yun-nan, país que tuvo la dicha de dar asilo por espacio de tres años al Ilmo. Chauveau, acosado y robado por los musulmanes.

Atendido su corto número, su aislamiento y también su ignorancia, estos cristianos habían vivido siempre en buenas relaciones con los paganos, si se exceptúa una pequeña persecución en Mien-nin que aún vino á terminarse en su favor. Tampoco se encuentra en este país ese odio al nombre cristiano que nos persigue en los demás puntos de la provincia. Un hecho al parecer insignificante cambió sin embargo aquel estado de cosas.

No había en Nin-yuen-fu más que una familia cristiana, compuesta de dos hermanos, Ouâng-uin-hin y Ouâng-tchuen-hoa. Hacia poco que Uin-hin se había

vuelto á casar en terceras nupcias; su hijo fallecido en 1873 había dejado una viuda joven y un hijo de nueve años. Tchuen-hoa era soltero y estaba al frente de un comercio de pieles que le había procurado una decente posición. En el mismo año una familia cristiana, la familia Houâng, de los alrededores de Tchong-kin, fué también á establecerse en Nin-yuen-fu para negociar en pequeña escala con la plata y las píldoras contra el opio. A principios de 1874 los recaudadores de la pagoda de los letrados inscribieron á los Houâng para una contribución supersticiosa. Estos rehusaron como debían; después, no pudiendo entenderse con sus adversarios, recurrieron al subprefecto, quien desechó su queja y les condenó á pagar, so pretexto

de que se trataba de una suma mínima. Los cristianos se dirigieron entonces al prefecto, el cual amonestó á su subordinado para que fallase con más equidad. Los letrados tuvieron entonces que comparecer de nuevo, y el subprefecto les obligó á dejar en paz á los cristianos. Algunos meses más tarde se pegó fuego á la casa de la familia Ouâng, y todo hace creer que fué por malevolencia é instigación de los letrados. El incendio fué pronto dominado, pero los paganos acusaron á Ouâng-uin-hin ante el mandarin como autor del fuego por medio de los cirios que hacía arder para sus devociones. El magistrado, que guardaba el rencor de las cuestiones pasadas, aprovechó la ocasión, condenando al infeliz Ouâng-uin-hin al pago de una fuerte suma para aplacar al espíritu del fuego. Esta injusticia le causó una profunda tristeza



NUEVA-NURSIA.—Pastores indígenas. (Pág. 183).

que le llevó al sepulcro despues de haber recibido sin embargo el Bautismo *in articulo mortis*.

Indignados los cristianos enviaron un propio al ilustrísimo Sr. Chauveau para rogarle que se interesase por su causa. El Prelado, que se dirigia entonces á Tchen-tu, capital de la provincia, prometió ayudarles cuando menos oficiosamente, y en efecto hizo rogar al pretor que apoyase á los pobres oprimidos. Es cosa sumamente rara que los asuntos del Kien-tchang sean llevados á la capital, y por esto fué grande la sensacion cuando llegó una orden del pretor mandando proceder á una informacion y hacer justicia á quien la tuviese. Los letrados con el apoyo del general de division, deudo de uno de ellos, embaucaron á doscientos perdidos, á 100 chapecas por dia, bajo la consigna de apalear y expulsar de la ciudad á todos los cristianos; lo cual no fué difícil, pues no habia más que dos familias que lo fueran. Estas, no sólo fueron expulsadas, sino saqueadas por completo. Avisados á tiempo los cristianos escaparon sanos y salvos; únicamente la mujer y la nuera de Ouâng-uin-hin permanecieron en la ciudad. Terminado el saqueo, los letrados pusieron á la nuera de Ouâng-uin-hin á disposicion del mejor postor, y fué casada otra vez con un comerciante de la misma calle, que tuvo cuidado de llevarse cuanto podia haber quedado en la casa. En cuanto á la suegra, se habia ya refugiado en casa de su hija pagana.

Con todo, Ouâng-tchuen-hoa, no pudiendo resignarse á dejar desbalijar así á su familia, y careciendo absolutamente de recursos, quiso volver á la ciudad con la mira de cobrar algunos créditos; pero los esbirros estaban en acecho, y fué preso, cruelmente apaleado, y arrojado medio muerto en un patio donde le hacian guardia algunos hombres. Viendo los letrados que sus heridas eran graves, y temiendo que muriese entre sus manos, buscaron un falso amigo que fingió interesarse para que no le maltratasen más, y aún le ofreció su apoyo para obtener justicia despues de curado. Dejose persuadir y dispuso le condujesen á Song-ling, en casa de una familia cristiana, donde murió al cabo de cinco dias de resultas de sus heridas.

Los pocos cristianos que quedaban recurrieron de nuevo al Ilmo. Sr. Chauveau; pero no pudo obtener de las autoridades más que respuestas evasivas. Los mandarines, comprados á peso de oro, sostuvieron que no habia existido tal saqueo y que Ouâng-tchuen-hoa habia muerto de enfermedad, llegando al extremo de obligar á su nuera y tierno sobrino á que declarasen en este sentido: esta es hoy dia la version oficial, habiendo sido inútiles todas nuestras gestiones para poner la verdad en su lugar.

III.

A principios de 1876 el Ilmo. Sr. Lepley, vicario apostólico, me confió las dos prefecturas de Ya-tcheu-fu y Nin-yuen-fu. Deseoso de ver si se podia poner en paz este pobre país, resolví trasladarme á la última de dichas ciudades, y rogué al tao-tay de Yat-cheu, jefe superior civil de la comarca, que anunciase mi llegada y mis intenciones pacíficas, lo cual verificó de muy buena gana. Despues de haber visitado, durante mi camino, el vasto distrito de Tsin-ky-hien, entonces sin sacerdote, tuve el sentimiento de perder á mi compañero de viaje, el

malogrado presbítero Chabauty, en quien habia hallado siempre el corazon de un amigo y el celo de un apóstol. Tuve, pues, que arriesgarme solo y con gran quebranto de mi corazon en un camino tan largo y tan sembrado de peligros. Llegado á Song-lin avisé al prefecto, quien me dió cita en la ciudad para el 2 de Junio.

Empero mis enemigos no habian estado ociosos. El general acababa de convocar á los jefes de la guardia nacional, anunciándoles solemnemente la llegada de un europeo con una escolta de 1,000 soldados, y dándoles á entender que si no daban buena cuenta de mí, todo estaba perdido. En consecuencia se alborotó el populacho, y todo estaba preparado para hacerme un recibimiento tal que no me quedasen ganas de volver. Tuve noticia de lo que pasaba antes de entrar en la ciudad; pero era demasiado tarde para retroceder, y faltar á la cita era comprometer nuestros asuntos, dando á entender que tenia miedo.

El prefecto y el subprefecto fueron puntuales á la hora convenida, y comenzamos á deliberar sobre los medios de hacer la paz. Entre tanto una turba inmensa se agolpaba al rededor de nuestro alojamiento, mostrando intenciones poco pacíficas. Habiéndolo hecho observar al prefecto, envió éste dos veces á su subordinado para dispersar la muchedumbre, pero siempre inútilmente. Dos horas hacia que duraba el tumulto y estábamos como prisioneros en medio de aquella gente. Por fin dije al prefecto:

—¿No sois vos quien manda aquí? Toda esa gente ¿no es por ventura vuestro pueblo?

El mandarin, más espantado que yo, sonrió de un modo lastimero, diciendo:

—¿No sabeis, pues, lo que ocurre?

—Sí, respondí; sé muy bien quiénes son mis adversarios; pero si cae un cabello de mi cabeza, vosotros, prefectos civiles, responderéis de ello. Me habeis dado cita en este sitio, y he venido contando con vuestra proteccion; ahora sacadme de aquí.

Despues de muchas pláticas inútiles, los dos mandarines me hicieron rodear de algunos satélites y me condujeron á la puerta de la calle, que quedó cerrada tan luego como salí. Quedé, pues, solo en frente de aquella furiosa multitud, que al verme prorumpió en formidables gritos de «¡Matadle! ¡matadle!» Mis conductores aturdidos no se atrevian á dar un paso.

—Andad, les dije despues de montar en la silla de viaje, y procurad que sea por calles bien angostas: así la turba tendrá que dejarnos.

En efecto, pudimos atravesarla, acompañándonos con espantosa gritería. A la puerta de la ciudad encontramos tambien grupos que nos saludaron con sus gritos y algunas piedras que por fortuna no nos causaron gran daño. Dirigíme entonces hácia el Sud del Kien-tchang y llegué sin novedad á Hong-pu-so.

Temiendo el general verse comprometido seriamente en este asunto, resolvió desembarazarse de mí, y para mejor asegurarse del buen éxito de sus designios, envió al jefe de los guardias nacionales de Hong-pu-so la orden de avisarle por correo acelerado cuando yo saliese para Ya-tcheu. Su intencion era hacerme desaparecer por el camino, ya confiando el encargo á los bandidos que hormiguean por el país, ya recurriendo á los Lolos,

que no se hubieran hecho de rogar. Afortunadamente el jefe de la guardia nacional había recibido en otro tiempo importantes favores de los cristianos, y me mandó avisar para que tomase precauciones. Hice investigaciones y adquirí la certidumbre de que se ocupaban demasiado de mí en las pretorias militares. En su consecuencia atravesé una mañana la frontera del Yun-nan, cambiando el nombre para desbaratar todas las pesquisas.

Después de nueve horas de marcha por comarcas desiertas y soladas por las guerras de los musulmanes y la peste, llegué á Houâng-kia-pin, en casa del Rdo. Le-Guilcher. Grande fué mi admiración al encontrar en medio de estas soledades una iglesia magnífica y una numerosa cristiandad. Allí permanecí un mes, y al terminar de la estación de las lluvias volví á tomar el camino de Su-tchuen, atravesando en cuarenta días toda la provincia del Yun-nan. En todas partes me tomaban por un inglés, y gracias á la cuestión Margary, me dejaban pasar con respeto.

Sin embargo, en la capital del Yun-nan dos pequeños mandarines que guardaban la puerta me gritaron: «¡No hay paso!» y de grado ó por fuerza tuve que ir á sentarme en su mirador, donde permanecí cinco ó seis horas expuesto á las miradas de los curiosos. Todos los mandarines de la ciudad recibieron aviso de mi llegada, pero como ninguno de ellos quería cargar sobre sí la responsabilidad de introducir en la plaza acaso un enemigo, la cosa llegó hasta el pretor, quien pidió mi pasaporte, y dió orden de dejarme circular. Había tenido tiempo más que suficiente para leer todos los bandos ó carteles. En fin, uno de mis guardianes me dijo en tono meloso:

—Tiene V. que perdonar, pero hemos recibido órdenes muy severas; mire sino los bandos.

—Precisamente acabo de leerlos: ordenan vigilar á los bandidos. ¿Me toma V. acaso por uno de ellos?

El hombre, confundido, se deshacía en excusas; yo continué mi camino.

En Octubre de 1876, habiendo entrado de nuevo en el Su-tchuen, tocóme visitar otra vez el distrito que quedó vacante por la muerte del Rdo. Chabauty. No obstante, lo preparé todo para establecer por lo menos algunas farmacias en el interior del Kien-tchang, y las cosas salieron bastante bien. Sólo encontramos algunas vejaciones casi insignificantes en comparación de las anteriores.

En Junio de 1877 recibimos varios nuevos compañeros, y tranquilo desde entonces respecto á los distritos del exterior, emprendí de nuevo el camino de las montañas en compañía del Rdo. Barry. Nuestro viaje se llevó á cabo sin gran quebranto, bien que hubo algunos gritos contra nosotros al pasar por Ly-cheu, pero estas demostraciones no tuvieron consecuencias. Por precaución evitamos la ciudad de Nin-yuen-fu, que por otra parte no está sobre la carretera, y nos fijamos sanos y salvos, yo en My-y ó Sa-lien, y el Rdo. Barry en Hong-hu-so, distante una larga jornada de camino. Desde aquella fecha hemos podido visitar tranquilamente nuestros cristianos, disponiéndolo todo para una instalación definitiva. No nos han faltado contrariedades: hemos estado enfermos; el fuego ha devorado nuestra cabaña de Hong-pu-so, y una inundación extraordinaria ha echa-

do por tierra las paredes de nuestra casa de Sa-lien. Nos falta personal para las escuelas y para las casas de huérfanos. A pesar de todas estas dificultades hemos podido establecer dos pequeñas escuelas de niños servidas por nuestros catequistas. Tenemos cinco farmacias, todavía incompletas, que nos han dado ya 2,600 bautismos de niños. Los paganos, sin que parezcan mal dispuestos, no nos comprenden todavía, pero esperamos que con el tiempo y la gracia de Dios podremos por fin tender felizmente nuestras redes: por ahora no hay mucho que confiar á causa de la ignorancia y mala conducta de los antiguos cristianos, del poco número que somos, y de la escasez de recursos con que contamos.

CRÓNICA.

Pondichery.—Esta ciudad, capital de la India francesa, está situada en la costa de Coromandel, en la antigua provincia de Carnatic, á los 11° 55' 41" lat. N. y 77° 31' 30" long. E., á 168 kilómetros S. O. de Madras. Cuenta 22,000 habitantes, entre ellos 800 europeos. En 1683, cuando era sólo un lugarejo, fué adquirido y colonizado por Francisco Martín. Tomada en 1693 por los holandeses, Pondichery fué devuelta á Francia al cabo de cuatro años, y en 1740 llegó á ser la capital de un vasto país. Tomáronla los ingleses en 1761, 1778 y 1793, y la restituyeron en 1815, pero casi enteramente desmembrada de su territorio, que actualmente sólo cuenta una superficie de 27,000 hectáreas y 124,000 habitantes. Divídese en tres distritos: Pondichery, que comprende la ciudad y 11 pueblos; Villenur con 45, y Bahur con 36.

Un canal divide á Pondichery en *ciudad blanca* al Este, á orillas del mar, y en *ciudad negra*. El grabado de la pág. 176, según fotografía del Ilmo. Laouénan, vicario apostólico, representa una parte de la *ciudad blanca* ó barrio de los europeos.

Pondichery tiene un aspecto criollo *sui generis*; no el de una ciudad indígena, ni el de una ciudad europea, sino que es una mezcla de los dos caracteres que se encuentran donde quiera que las razas francesa ó española se ven obligadas á vivir con pueblos indígenas.

La Misión de la costa de Coromandel ha tenido siempre por capital Pondichery. Algunos misioneros Jesuitas, obligados á dejar Siam, cuyo país evangelizaban, dirigiéronse á Pondichery, en donde fundaron una Misión en 1690. Después de la supresión de la Compañía de Jesús, el Gobierno francés, de acuerdo con la Santa Sede, confió dicha Misión á la Sociedad de las Misiones extranjeras de París, á cuyo cargo sigue hoy día.

Pondichery es también para los europeos la Sede de una prefectura apostólica. Durante la Revolución francesa la colonia, que estaba confiada á los Capuchinos franceses, pasó á religiosos italianos de la misma Orden, que continuaron allí hasta 1828, en cuya época la administración espiritual de los establecimientos franceses fué erigida en prefectura apostólica y confiada á los misioneros de la Congregación del Espíritu Santo y del Corazón de María.

—Los otros dos grabados de las páginas 172 y 173 son también copia de fotografías representando grupos de famélicos, víctimas del terrible azote que por tanto tiempo ha llenado de desolación gran parte de la India, acompañado de su cortejo ordinario, el cólera y otras enfermedades epidémicas. Miles de esos infelices acudieron á Pondichery, viéndoseles por las calles y caminos de la comarca convertidos en esqueletos ambulantes y presentando el aspecto más espantoso del sufrimiento humano.

«El hambre, escribía un misionero residente en Allady, muestra un rigor sin ejemplo en este país. De mis neófitos mueren cinco ó seis cada día... De todas partes me llegan continuamente centenares de hambrientos. Su extrema flaqueza, sus descarnados miembros, sus ojos hundidos, su andar inseguro, su ánimo decaído, forman tristísimo espectáculo. Al fin, no teniendo nada absolutamente para socorrerles, me encierro en mi casa. A mis oídos no llegan más que tristes gemidos, dolorosos ayes y sentidas súplicas que esos desgraciados dirigen á Nuestro Señor y á la santísima Virgen con acento desesperado. No pudiendo resistir al dolor que me oprime, salgo y me presento en medio de esos hijos á quienes amo con todo mi corazón.

Apenas me divisan, échanse á mis rodillas y prorumpen en un concierto de sollozos capaz de partir las peñas... Este espectáculo se renueva todos los días... De tantos males resulta una afluencia extraordinaria de paganos hácia nuestra Religión.»

En parecidos términos han venido expresándose todos los misioneros de aquel país.

«Es preciso,—escribía desde Mayssur el Rdo. Combal,—es preciso tener á la vista los horrores de un hambre de doce meses para formarse de este azote una idea exacta. El Gobierno inglés ha intentado salvar á este pueblo desgraciado estableciendo *relief-camps* y *kitchens* (cocinas) en donde se daba á los famélicos una cama y algun alimento. En muchos de estos campamentos habíanse acogido hasta 12,000 personas. Por desgracia, el alimento era siempre insuficiente... Hemos podido bautizar más de 7,000 paganos, la mayor parte de los cuales han muerto... He abierto un huerfanato que cuenta todavía, á pesar de tan grande mortandad, 180 niños. La mayor parte de los que hemos recogido no han podido soportar un alimento regular... Hemos agotado nuestros recursos, pero nos queda el consuelo de haber enviado al cielo innumerables almas.»

A su vez escribía el P. Darrientort, misionero del Maduré central:

«A consecuencia de duras y largas privaciones la mortandad ha tomado espantoso incremento. De todas partes acuden infelices hambrientos convertidos en esqueletos ambulantes. Muchos mueren en los caminos, y son despues presa de los buitres, perros y chacales. Recojo á cuantos de esos desgraciados caen de inanición en las inmediaciones del pueblo, y con un poco de arroz muchos parecen recobrar la vida. Una segunda comida les da aliento para tenerse en pié, y continúan su camino hácia algun punto de la costa, en donde esperan encontrar socorro.»

«El hambre,—decía tambien el Ilmo. Laouénan, vicario apostólico de Pondichery,—el hambre parece redoblar sus furores y durará todavía seis meses. Sufro terriblemente ante los gritos de angustia que dan mis hermanos, sin que pueda corresponderles como conveniria... Les reparto de 4 á 5,000 rupias una ó dos veces al mes, segun los recursos de que dispongo; pero esto no es más que una gota de agua en el oceano de dolores y angustias en que se ven sumergidos.»

No prolongarémos estas citas, que nos harian interminables. Son tan costosos los sacrificios que se han impuesto los misioneros en tan doloroso período, que, si no han de resultar estériles, urge sobremanera les socorran con sus limosnas los católicos de Europa. Por muchos que sean los sacrificios que éstos se impongan, nunca igualarán á los de los apóstoles de la propagación de la fe.

Salónica (Macedonia).—La obra apostólica emprendida por el ilustrísimo Sr. Nil Isvoroff, administrador de los búlgaros-unidos, hace grandes progresos en la provincia de Salónica. Hace tres años aquel celoso Prelado trabaja sin descanso en la conversión de sus compatriotas, tan numerosos allí. Las autoridades locales, desconociendo lo muy provechosa que al Gobierno turco seria la conversión de los búlgaros, han suscitado al Ilmo. Nil innumerables dificultades. Este habia escogido por centro y punto de partida de su Mision la ciudad de Kukuch, previendo que si lograba convertir la poblacion búlgara de dicha ciudad, todos los búlgaros de la diócesis seguirían su ejemplo. Sus previsiones se han realizado. Ha desconcertado todas las intrigas preparadas en contra suyo. Acusábanle de ser un perturbador, un emisario de los Comités búlgaros, y muchas veces el gobernador de Salónica le ha pedido explicaciones; pero el Ilmo. Nil ha sabido justificarse y ha vuelto en medio del campo que tan bien habia sembrado. El actual patriarca griego, Sr. Joachim, conocia toda la importancia de la obra del Ilmo. Sr. Nil, y cuando era en Salónica miembro del Consejo administrativo no habia cesado de combatir en todo al Obispo católico búlgaro. Felizmente Safvet bajá, durante su último Ministerio, habia enviado al gobernador de Salónica instrucciones muy precisas, en las que mostraba el grande interés de la Puerta en la conversión de aquella provincia al Catolicismo. Recomendábale que protegiese y defendiese la mision del Ilmo. Sr. Nil, conforme á los términos del *berat* imperial de que está provisto dicho Prelado. Con todo, el ilustrísimo Sr. Nil ha sido objeto de toda clase de hostilidades, si bien su firmeza ha sabido vencerlas. Con escasos recursos pecuniarios, á todo ha provisto y ha llevado su obra á feliz término. En las diócesis griegas de Kukuch y de Vodina 3,442 familias búlgaras, 36 sacerdotes y 1 diácono abrazaron el Catolicismo en los últimos meses del año anterior, disponiéndose á hacer lo mismo otras 892 familias de las diócesis de Vodina y de Polianino.

El patriarca griego cismático de Constantinopla se esfuerza en atraerse los búlgaros y en hacer que el Ilmo. Sr. Nil sea extrañado de la

provincia de Salónica; pero los búlgaros detestan al patriarca griego tanto como á la administracion turca. Si la obra del Obispo católico estuviese sostenida por la Puerta y por la caridad de la Europa católica, no tardaria en tomar mayor incremento.

Tambien el Exarcado búlgaro, protegido por el Gobierno ruso, hace todo lo que puede para detener aquel movimiento; pero, sospechoso para la Puerta, nada consigue. Los búlgaros de las provincias todavía sometidas á Turquía no quieren tener relacion alguna con el exarca, y prefieren entrar en la Iglesia católica, que es para ellos el arca de salvacion.

Cabo de Buena Esperanza (Africa meridional).—En el mes de Enero último el Ilmo. Sr. Ricards, obispo de Retimo *in partibus* y vicario apostólico del distrito oriental del Cabo de Buena Esperanza, publicó en Lóndres, donde se hallaba accidentalmente, un folleto titulado *The catholic Church and the kaffir* (La Iglesia católica y los cafres), en el cual expone el proyecto que ha concebido en favor de la civilización y conversión de los 250,000 cafres de su vicariato, y consiste en la fundación de dos conventos de Trapenses. El uno, nombrado abadía de Dunbrody, se establecerá en la colonia entre Grahamstown y Port-Elisabeth: el otro en la frontera, en medio de los cafres Tambukies. Todo está preparado al intento, y faltan sólo recursos para el viaje de los religiosos y construcción de los edificios. Para la abadía de Dunbrody se han comprado ya 7,000 acres de tierra (2,832 hectáreas), y para el otro monasterio de la frontera el Gobierno colonial ha cedido el terreno necesario. En Junio próximo 25 Trapenses acompañarán á su Mision al Vicario apostólico, juntamente con algunos sacerdotes. Leon XIII ha dado, escrita de propio puño, su aprobación á este proyecto, y ha concedido la bendición apostólica á cuantos ayuden al Ilmo. Ricards en la ejecución de su obra. Los obispos de Baviera han mostrado por ella grandes simpatías y han prometido su cooperación. Indudablemente será tambien ayudada por los comerciantes ingleses que tienen correspondientes en el Cabo, como directamente interesados en su buen éxito, ya que es el mejor medio de asegurar la tranquilidad de la frontera. Los cafres Tambukies, que muestran especial aptitud para la agricultura, cobrarán mayor ánimo al ver las granjas-modelos creadas en medio de ellos por los Trapenses.

Madagascar.—Hace algunos años el Sr. Laborde, cónsul de Francia en aquella isla, muerto en Mantassua el 27 de Diciembre de 1878, obtuvo del Gobierno malgache la cesión de un terreno. Firmóse el contrato por Francia é Inglaterra, cuyo original existe en los archivos de Negocios extranjeros. Estableciéronse allí misioneros franceses, que cultivan el entendimiento de los niños del país. Mientras vivió el señor Laborde, todo iba conforme, pero despues de su fallecimiento los misioneros protestantes ingleses, que ya no tenían que temer su grande influencia personal, creyeron llegado el momento de aconsejar al Gobierno malgache que recobrase el terreno cedido y expulsase á los misioneros franceses. Así las cosas, el Gobierno de la República nombró cónsul de Francia en Madagascar al Sr. Cassas, y apenas hubo llegado á Tananarive comenzaron las dificultades. Significósele que el contrato precedente no existia, y que la firma de Francia al pié del acta de cesión era nula y de ningun valor. El nuevo cónsul protestó; amenazó con arriar su pabellon, y anunció que iba á dar cuenta del hecho á su Gobierno.

El Gobierno malgache se mantuvo en sus trece; el Sr. Cassas recibió muchos disgustos, y al fin tuvo que abandonar á Tananarive, capital de la isla, y replegarse hácia una ciudad de la costa, Tamatave.

Nueva-Zelandia.—El *New-Zealand Tablet* anunciaba poco há la llegada del nuevo obispo de Auckland, Ilmo. Walter Steins, que salió de Brindisi para su Mision á fin de Octubre de 1879, acompañado de un Hermano coadjutor y de cuatro religiosos Benedictinos, el P. Downey, antiguo superior del Bengala oriental; el P. Vaggioli, y los HH. Ricci y Adalbert. El 11 de Diciembre los misioneros tocaron en Melbourne (Australia), y el 27 se detuvieron algunas horas en Dunedin (Nueva-Zelandia). El obispo de esta diócesis, Ilmo. Moran, se encaminó á Port-Chalmers para recibirles, y les hizo él mismo los honores en su ciudad episcopal. Visitaron el convento de Dominicos y el colegio de San Luis Gonzaga en Waikari. El mismo día volvieron á embarcarse, y llegaron finalmente á Auckland el 23 de Diciembre.

El Ilmo. Steins se dirigió en seguida á la catedral de San Patricio, en donde pronunció una corta alocución. El Prelado refirió que en la última audiencia que habia obtenido del Papa el 25 de Octubre conmoviéronse mucho él y sus misioneros por las muestras de bondad y

paternales palabras del Vicario de Jesucristo, que habia concedido una bendicion especial á sus diocesanos.

El Ilmo. Steins nació en Amsterdam en 1.º de Julio de 1810. Entró en la Compañía de Jesús en 16 de Diciembre de 1832, y partió para las Misiones de la India en 1847. Nombrado obispo de Nicópolis *in partibus* y vicario apostólico de Bombay en 17 de Diciembre de 1860, fué trasladado al arzobispado de Bosra *in partibus* y encargado del vicariato apostólico del Bengala occidental en 11 de Enero de 1867. El mal estado de salud, fuertemente resentida por el clima de la India, le obligó á dimitir en 1877. Vuelto á Europa el ilustre Prelado fué nombrado obispo de Auckland en 15 de Mayo de 1879. (V. pág. 192).

ISLAS POMOTÚS.

III.

CULTO DE LOS ANTEPASADOS.—SACRIFICIOS DE RUAHINE Y DEL MARAÉ.

Además de Tané, que parece ser el Júpiter oceánico, y de Tama, su verbo y redentor de los hombres, el Olimpo de los pomotús contiene tambien muchas divinidades secundarias y locales con diversos nombres, conocidas y veneradas en cada isla. Pero generalmente el culto idolátrico rendido á todas esas informes deidades es sólo inspirado por el miedo ó por el deseo de abundante pesca. Los antepasados participaban siempre de los honores tributados á los dioses, suponiendo que aquellos como éstos podian atraer ó alejar á su voluntad la pesca de las islas en que habian vivido.

Este culto de los antepasados se hacia públicamente; su parte esencial era el sacrificio, y estaba exclusivamente reservado á los hombres de cierta edad, únicos que podian asistir á las ceremonias del *maraé* y participar de las víctimas que en él se ofrecian. Este *maraé* no presenta las masas imponentes y grandiosas de las construcciones de piedra que pueden verse todavía en Tahiti. Es únicamente un largo y estrecho paralelógramo de madréporas, de 50 centímetros de elevacion, rodeadas de una doble hilera de corales bien tallados, entremezclados acá y acullá con piedras más altas que simulan groseramente la figura de sus dioses. Véseles allí tambien representados por troncos en los que el escultor ha cuidado sobre todo de formar un vientre enorme, mientras la cabeza está figurada por plumas. En la parte posterior levantábase ordinariamente cinco grandes ídolos ó enormes piedras planas y verticales, con algunas cortaduras para representar bien ó mal la cabeza y las es-

paldas. En fin, en medio de una prominencia instalaban horizontalmente sobre gruesas estacas ahorquilladas pequeñas cunas ó féretros cincelados y adornados en donde se guardaban religiosamente, para prestarles culto idolátrico, mechones de cabellos y de barba, y tambien uñas y dientes, tomados de los cadáveres de hombres antes de su inhumacion. Todo, cuidadosamente liado en pequeños paquetes, estaba cubierto de plumaje. Cada cuna ó féretro contenia una porcion de estos paquetitos, y era, por decirlo así, el mausoleo portátil de la familia, un paladion para los parientes, el arca de salvacion del pueblo entero. Ordinariamente estaban hechos en una choza construida al intento cerca del *maraé*; pero con ocasion de alguna ceremonia religiosa y patriótica se les retiraba del depósito general, y despues de limpiarlos del polvo y de adornarlos, se les colocaba sobre el *maraé* ó á su alrededor para que cada guerrero pudiese venerar á sus antepasados y ofrecer en esta circunstancia la comida en sacrificio.

Como las mujeres y los niños no podian en su cualidad de profanos asistir á las ceremonias del *maraé*, se organizaban de tiempo en tiempo en favor suyo grandes fiestas fúnebres. En el día señalado eran transportados cerca de la laguna, en donde se habia reunido todo el pueblo, los pequeños paquetes pertenecientes á cada familia. Enseñábanlos solemnemente al concurso, que se deshacia en lágrimas y prorumpia en sollozos recitando, con rumor confuso y salvaje, cantos monótonos con que celebraban los altos hechos de los difuntos. Despues de besar individualmente esos paquetes de reliquias, volvan á conducirlos al *maraé*, y el resto del día se consagraba á festines, danzas, juegos



NUEVA-NURSIA.—Bigliagoro, primer salvaje bautizado por el P. Salvado. (Pág. 183).

y otras diversiones.

Únicamente los hombres podian recibir así los honores de la apoteosis. Las mujeres, sobre las cuales pesaba esencialmente una maldicion original y universal, nunca eran admitidas á las prácticas del *maraé*. Sin embargo, no se les privaba en absoluto de todo honor despues de su muerte; y, cosa notable, la especie de culto doméstico que se les tributaba tenia una marcada relacion con la serpiente. En Takoto, cuando moria una mujer, le cortaban algunos mechones de cabellos, atándolos al extremo de un palo adornado con plumas de ave. Estos palos eran colocados cerca la choza del salvaje en medio de un sendero y frente un tronco de *pandanus* fijo en el

suelo á guisa de pequeño altar. Allí acudían á orar y ofrecer sacrificios de manjares cuantas veces capturaban alguna anguila de mar ó se preparaban para la pesca. Pero como había cierta enemistad entre la mujer y aquellas serpientes marinas, guardábanse bien de ponerlas á la vista, llevándolas á un sitio apartado, en donde las rodeaban de hojas verdes antes y después de la cocción; después de lo cual tomaban todos un trozo para depositarlo con algunos cocos ó cualquier otro alimento sobre el altar levantado en presencia de la reliquia femenil. Para distinguirlo del *marae* llamaban á este sitio *ruabine*.

En tan extraño simbolismo, del cual sin duda nuestros indios no podían dar explicación alguna, ¿no será permitido ver una imagen desfigurada de la profética serpiente de bronce levantada en alto por Moisés, como si la mujer, maldita á causa de la serpiente, no pudiese ser rehabilitada sino por la futura aplicación de los méritos del divino Redentor inmolado en el árbol de la cruz?

Los sacrificios del *marae* eran mucho más solemnes que los del *ruabine*. Las víctimas eran comunmente tortugas doradas, atunes, etc.

La víspera y el día del sacrificio todos los que en él debían tomar parte guardaban continencia. Acostábanse por lo regular al lado de sus piraguas para lanzarse, al despuntar el día, en busca de una tortuga ó de otro cualquier pescado grande. El que lo cogía quitábale la escama ó parte de concha más brillante, y la ofrecía al dios cuya imagen estaba á la proa de la piragua; indicando y consagrando la víctima por medio de este canto:

Ka obiti mai te kai; tupa ruga, tupa raro, tupa uta, tupa tai. E pana i mua, e pana i roto, e pana i muri.

Tagaroa, kai ki ruga, kai ki raro; kua to pito, kua to uaua.

Te pito ka moe, e pito no te vai ka moe.

«Crece la ola; mueve al Este, mueve al Oeste, mueve hacia tierra, mueve hacia el mar. Empuja á la izquierda de la isla, empuja hacia el centro, empuja á la derecha.

«Tagaroa, fuerte eres al Este, fuerte al Oeste; izamos tu pabellón, izamos tus insignias.

«Que tu pabellón calme las olas, este pabellón que llena de calma la mansión de la tortuga.»

Encontrada la víctima, todos deben estar en ayunas para proceder al sacrificio; de lo contrario se aplaza para el día siguiente. Y así como los antiguos judíos acompañaban las víctimas con algunas ofrendas pacíficas, así también nuestros indios no descuidan añadir cocos á los peces que ofrecen en sacrificio.

Un mensajero se reviste del *umé*, estrecho ceñidor del que penden largos filamentos de hojas de *pandanus*; del *tatua*, ceñidor negro y de tres dedos ancho; del *puré*, collar de pequeñas conchas de nácar; del *katu*, casquete de plumas, y del *omoré*, lanza que el salvaje nunca abandona. Al eco de su voz todos los guerreros vístense del mismo modo y se reúnen silenciosamente en el *marae*, delante del cual la víctima reposa sobre una hoja de cocotero rodeada de cocos y otras viandas.

El gran sacerdote llamado *puré* (que ora), ó *tabura* (iluminado), ó *ariki* (rey), pues á menudo reúne ambos poderes, está de espaldas al *marae*, rodeado de sus oficiales. A su derecha hay el *hubuki*, á su izquierda el *fakatau* y el *bakari*. Detrás del *marae*, delante del *ariki*, pónese arrodillado el *tuturi*, mientras los guerreros se

sientan en taburetes á uno y otro lado formando dos líneas paralelas.

El *hubuki* cubre ante todo la cabeza del *ariki* con el *fau* ó peluca, cuyos cabellos rizados caen sobre la espalda en largas trenzas, y le pone en la mano derecha un bastón que remata en un pequeño ídolo. Toma en seguida un ramo de hojas y con él hiere el suelo para despertar y llamar la divinidad. Entonces el *ariki* se vuelve hacia el *marae*, y con grandes contorsiones y sordos ahullidos invoca á todos los dioses.

«—Turuhua, Kainuku, Puniava, Ruanuku, Tuteatea, Tumakinokino, Tohutika, Rua, Fatonga, Tu, Teati-Tu, Teati-Rongo, Teati-Tané, Tama-Tuuhau, Tama-arikitahi, Tavaka, Ruafatu, Mahinui, Temoana, Tehia, Tamatea, Honga, Marerekongonga, Kaiatua, Mutuaiuta, Mapu, Mahanga, Koaroa, Okea, Tahuka.»

Luego vienen los nombres de los dioses familiares, nomenclatura muy grande y que sólo tiene interés local. Estas invocaciones se repiten muchas veces durante el sacrificio.

El *ariki* canta después en voz baja, lenta y candenciosa:

U-u-u-uo; te ika Foruhua.

«Resuenen nuestras voces; ved el pez de Foruhua.»

Todos los guerreros cantan después de él:

Ika te abi a Turuhua ki te rahi talapatukua, te rahi ora ma toru.

¡E-i-i-i-ia! ¡ce! u rokia ae, tukua te rahi ora ma toru; i hia e haru-u-u-u-a-a (la *u* y la *a* repetidas con énfasis).

«Al fuego el pez de Turuhua que reside en el cielo, en el cielo de la vida prodigiosa.

«¡Vedle! ¡Ea! Hemos cogido el pez, como venido del cielo de la vida prodigiosa; le hemos cogido y asido fuertemente.»

El *ariki* continúa:

Na Teutanga pure, na Turuhua ora tui kona i aka tetua.

«Esta es la oración de Teutanga á Turuhua el vivo que mora en la boca del alto mar.»

El *ariki* hace una libación de agua de coco al ídolo. El *bakari* toma entonces la piedra sagrada de forma oval que lleva la efigie de una divinidad y la pone sobre el vientre de la víctima. El *tuturi* salmodia:

E niu, e niu, e niu maru, ia ai te ika o tai i te moaua bobonu?

La topa i te aro o Turuhua, ia topa i te aro o Kainuku, i te aro o Puniava.

«Piedra, piedra, piedra sagrada, ¿para quién será el pez del mar profundo?

«Caiga á la faz de Turuhua, caiga en presencia de Kainuku, en presencia de Puniava.»

(Aquí la enumeración de los nombres de todos los demás dioses).

E tui te ika te niu fakae, te ika i te kupega; e haru te ika i te vana-ga mai, haru tia te ika nui net, ia mate.

«Poned sobre el pez la piedra sagrada, sobre el pez cogido en la red; tomad el pez á mi voz, tomad resueltamente este pez tan grande, y muera.»

El *bakari* descabeza la víctima y recoge la sangre en pequeños vasos. El *tuturi* continúa:

Kaki taa a topa, a topa i te aro o Turuhua.

Atua i te i ku tira, o Kainuku, ao kai mai.

E atua hiva no Puniava, ao kai mai.

Fakaagiagi no Ruanuku, ao ke me.

Te atua i te taura, o Tuteatea, ao kai mai.

Tumanibini, no te Fatitiri, ao kai mai.

E atua hau, o Tubutika, ao kai mai.

E atua iku vaka, o Tavaka, ao kai mai.

NECROLOGÍA.

Madrid. — El Sr. D. Ramon Necedal, director del *Siglo futuro*, dedica á la memoria del Rdo. P. Checa un notable artículo, del que extractamos los siguientes párrafos:

«Pocos católicos habrá en Madrid que no conociesen al P. Checa; ninguno que le conociese, aún no siendo católico, podía dejar de amarle.

«No tenía mucha edad: sesenta y dos años. Pero sesenta y dos años de continuos sufrimientos que le habian anticipado la ancianidad.

«Nació en Alcázar de San Juan, el 4 de Diciembre de 1817. Fué colegial de Santa Catalina de Toledo, donde cursó hasta el séptimo año de teología y recibió el grado de bachiller. En 1841 entró en el colegio de misioneros de Ocaña; y el 28 de Enero de 1843, cumplidos los veinticinco años, profesó en la Orden de Predicadores, ornamento de la Iglesia, honra del género humano, gloria singularísima de España, que vió nacer á su glorioso Fundador. El mismo año de su profesion se embarcó para Filipinas, y llegó á Manila en Enero de 1844, donde fué capellan del colegio del Rosario hasta que pasó á las Misiones entre infieles en el Tong-king.

«Diez años pasó allí el P. Checa; diez años de cruelísimas persecuciones, los primeros en el reinado de Thien-Tsi, los últimos en el de Tu-Duc, que hoy rige aquel imperio: diez años de peligros y fatigas, que se han convertido ya en una eternidad de gloria imperecedera.

«Como los demás misioneros, el P. Checa tenía que atravesar montes y valles con los piés desnudos. Porque la blancura de su piel le descubría á los perseguidores, tenía que enlodarse las piernas, y andar siempre cubierto de humedad y barro. Para descansar del trabajo del día, pasaba la noche con sus hermanos en cuevas inhabitables, sufriendo las inclemencias de aquel clima humidísimo, agravadas con las privaciones y los trabajos de la vida apostólica.

«Trabajando por la gloria de Dios y el bien de las almas, adquirió penósima enfermedad que dilató largos años su martirio.

«La obediencia le volvió á Manila, y le destinó en el colegio de Santo Tomás; pero su enfermedad se agravó tanto, que no pudo dedicarse á la enseñanza. Fué procurador y secretario de provincia. En 1860 vino á Madrid de procurador general, cargo que desempeñó hasta 1864, en que volvió á serlo el rector de Ocaña, que se lo habia cedido, P. Mariano Cuartero, hoy obispo de Jaro en Filipinas. Desde entonces hasta que murió, el P. Checa siguió en Madrid como vice-procurador y socio del procurador general.

«Paréceme que aún le veo, escribiendo, siempre de pié, sobre un alto pupitre. Por cama tenía una butaca larga, donde dormía sentado, porque no podía echarse. Días y días, meses y meses, años y años de continuo padecer, tranquilo, sereno, bondadoso, gozosisimo de haber perdido la salud sirviendo á Cristo, sin esperanza de curacion ni de alivio en lo humano.

«Fué religioso de vida inmaculada y santa; probóle Dios con muchos padecimientos físicos y grandes ansiedades espirituales. Era inclinado á toda suerte de obras buenas, y especialmente á hacer bien á los pobres. Dejó escritos é impresos tres libritos de educacion: *El Religioso en sociedad*, *El niño en sociedad*, *Sinopsis de educacion*.

«Su muerte acaeció en Madrid el 9 de Febrero último á las diez menos cuarto de la mañana. Murió en los brazos del reverendo Padre Procurador general, Fr. Ramon Martinez Vigil, que le dió la absolucion sacramental, le administró el Viático y la Extremauncion, le aplicó las indulgencias del santo Rosario, recomendó su alma, y al día siguiente al de su muerte ofició en su funeral en la iglesia de los Dominicos de la Pasion, antes de dar tierra á sus despojos mortales en el cementerio general del Sur.

«Pasó por el mundo haciendo bien y se fué al cielo.

«Con todo mi corazon ruego por su alma; pero no sé qué pasa en mí, que empiezo rezando por él, y acabo encomendándole á sus oraciones.»

EFEMÉRIDES.

3 MAYO 1493. — Bula llamada de *Concesion*, de Alejandro VI, en favor de los reyes de Castilla Fernando é Isabel.

«Siguiendo el consejo de Cristóbal Colon, los Reyes Católicos suplicaron al Soberano Pontífice les concediera, con una bula, la donacion de las tierras que habian descubierto en Occidente y de las que esperaban descubrir todavía.

«Caiga esta cabeza cortada, caiga en presencia de Turuhua.
«Dios de los gallardos mástiles, Kainuku, vén y come.
«Divinidad lejana de Puniava, vén y come.
«Dios de las ledas brisas de Ruanuku, vén y come.
«Dios de los cordajes, Tuteatea, vén y come.
«Dios de la hospitalidad, Fatitiri, vén y come.
«Dios de la paz, Tuhutika, vén y come.
«Dios que das límites á las naves, Tavaka, vén y come.»

La inmolacion (*tapena*) y la última ofrenda de la víctima (*rangi*) han terminado, y resta sólo la comida en comun.

El *bakari* abre el vientre de la víctima y le saca las entrañas, que con la tortuga son cocidas á dos fuegos diferentes. Las entrañas son retiradas primeramente, y el *ariki* toma una parte de ellas que comparte con sus oficiales. El resto depositado á los piés del que cogió el pez, es por él repartido á todo el concurso con exclusion de las mujeres y de los niños.

La tortuga, retirada á su vez del fuego, llevada al *marae*, tendida de espalda con la piedra sagrada sobre el pecho, es cortada en pedazos á la ensordeciente gritería de los guerreros, y puesta otra vez al fuego para sufrir una tercera coccion. En seguida la vuelven por tercera vez al *marae*, en donde el *ariki*, despues de llamar uno por uno todos los dioses y antepasados al banquete, toma la cabeza y se la come. El que pescó la tortuga distribuye las partes á los asistentes, quienes en lo restante del día son mirados como sagrados.

El sacrificio ha durado á lo menos seis horas. En los intermedios en que el *ariki* y sus oficiales nada tienen que hacer y mientras la víctima se cuece, los guerreros cantan los *fagu* ó himnos sagrados sobre asuntos variados al son de un largo tambor (*rutu*) batido con los dedos. Estas preces y cánticos en lengua antigua son en muchos puntos incomprensibles para la generacion actual.

Véase una muestra:

E ao, Tohutika ariki; faainu to kava; fakakua to kava i to Marangaitu; a tuu re e kava.

Te kava a Tokutika e tuu kia Vavao, kia Havaiki.

«Apareces, Tohutika, como rey; danos á beber de tu kava; sacia de tu kava á los Marangaitos; dales la victoria y el kava.

«El kava de Tohutika lo dará á Vavao, lo dará á Havaiki.»

Vemos en este canto una tribu perdida del Este de las islas Pomotús, que recuerda el *kava*, planta que da un licor que embriaga y que sólo puede crecer en las islas de excelente tierra vegetal. Háblase tambien en él de apartadas regiones, sobre todo de Havaiki, de donde sus padres han venido en *vaka* (buques) veinte generaciones atrás. La filiacion de estas generaciones, tal como ellos la formaban, es tan cierta, que forma la única base de la propiedad del terreno. Esta Havaiki no es la de las islas Sandwich, ni la Savai, su homónima de las islas Samoa, en donde la *h* se convierte en *s*. Estas dos últimas islas han recibido probablemente su nombre en memoria de la primera. Las Pomotús tienen tambien su Havaiki. «Segun nuestros antepasados, dicen los habitantes de Taarava, nuestra tierra era en otro tiempo grande y elevada, y se llamaba Havaiki. *Peré* se la llevó, dejándonos únicamente esta isla baja.» *Peré* es el dios de los volcanes, y esta tradicion parece indicar que Havaiki es un continente que ha desaparecido bajo las olas.

«Cualesquiera que pudieran ser las disposiciones de Alejandro VI con la Corte de España, la petición no podía ser concedida inmediatamente. Dicho asunto exigía la mayor prudencia. Portugal había ya obtenido un privilegio por sus descubrimientos en Oriente. Era menester evitar que un favor á la sazón concedido á España ocasionara conflictos entre los dos reinos en los siglos siguientes, y que la obra del apostolado acarreará sangrientas rivalidades entre dos naciones cristianas. Era preciso fijar un límite entre las dos Coronas católicas.

«De ahí nacía la dificultad. ¿Dónde terminaba el Oriente? ¿Dónde comenzaba el Occidente en el ilimitado espacio de los mares? Tal era el problema que debía resolverse.

«Nunca había sido sometida á la Santa Sede una dificultad geográfica y política más espinosa. Según las tradiciones de prudencia de la Santa Sede y las dilaciones ordinarias de la Cancillería romana, habríase debido desde luego nombrar para tal cuestión comisiones de cosmógrafos en Portugal, en Castilla y en Italia, á fin de deliberar sobre sus informaciones y establecer una opinión segura. Requeríase para ello un plazo de dos años.

«Mas evidentemente, al formular sus peticiones, los dos Reyes habían unido al dorso la copia de las notas que había redactado Cristóbal Colón en su celda de la Rábida. Y era tal el interés que inspiraba en Roma esa empresa cristiana; tal la confianza de la Santa Sede en la santidad del fin y la pureza de sentimientos de Cristóbal Colón, que sin vacilación ni demora, como si hubiera sido súbitamente iluminado sobre su obra y sobre el hombre del descubrimiento, el Papado aceptó la verdad de su sistema cosmográfico, reconoció explícitamente la forma esférica de la tierra, su rotación sobre su eje, teniendo por extremo ambos polos, y sostuvo todas las aserciones científicas de Colón. En el estado contradictorio en que se hallaba la cosmografía, esa afirmación era de una osadía asombrosa.

«Alejandro VI no trató como una negociación diplomática el privilegio que iba á conceder. En aquel caso no obedeció á inclinación personal alguna; no fué aquel un acto de condescendencia de un Papa español con unos Reyes españoles. No hubo entonces ni español ni soberano; el Pontífice obró únicamente en calidad de Jefe de la Iglesia con la asistencia de

los venerables Cardenales que se hallaban presentes en Roma (1). No se trataba ya de un interés internacional, de un negocio que arreglar para Castilla, sino de los vitales intereses del Catolicismo, de la conquista de almas, de la extensión de la ciencia y del reino de Jesucristo.

«Siendo justa la petición de Castilla, el Soberano Pontífice, con el consentimiento del sagrado Colegio, concedió el privilegio con su bula del 3 de Mayo de 1494.

«Sentado el principio, tratóse de proceder á su aplicación; de fijar límites á las expediciones de los españoles; de repartir entre ellos y los portugueses las partes desconocidas del globo á las cuales estas dos potencias debían llevar el Evangelio y la civilización.

«Aquí es donde aparece ostensiblemente la participación de la Iglesia en el descubrimiento, y donde muestra sus efectos la bendición íntima de Inocencio VII sobre la empresa de su compatriota. Su sucesor aceptó, como una de las obligaciones pontificias, el patronato del Papado en el descubrimiento del Nuevo Mundo, tal como se hallaba. Tenía fe en Colón, le dió completo crédito en cosas inauditas, dis-

pensó de toda prueba, justificó sus cálculos incomparables. En Colón fundóse únicamente y por el decir de Colón se empeñó el Soberano Pontífice en el colosal reparto del mundo inexplorado entre las dos Coronas de España y Portugal. Cuanto propuso el mensajero de salvación fué concedido en todas sus partes, como cosa indicada por la Providencia. El Jefe de la Iglesia impuso las gigantescas proporciones de la operación geométrica trazada por Colón. La Santa Sede tomó bajo su responsabilidad la exactitud de la medición de lo desconocido y lo incommensurable. Para asegurar á los portugueses y á los españoles el límite que debía mantenerles respectivamente en sus derechos el Soberano Pontífice, con osadía sobrehumana, trazó sobre el mapa aún informe del globo una línea que, partiendo del polo boreal y pasando por término medio á cien leguas de las islas Azores y las de Cabo Verde, iba á continuarse al través del Océano austral hasta el polo antártico, describiendo así toda la longitud de la tierra (¡qué prodigio!) sin encontrar en la inmensidad de ese trayecto el menor punto habitado que pudiera originar una contienda.

«La milagrosa precisión de dicha línea tenía además por objeto asegurar á España, en recompensa de su celo, la exclusiva posesión del nuevo Continente en toda su integridad. Algunos protestantes han observado que con esa demarcación la Santa Sede se exponía á colocar las dos naciones rivales en presencia una de otra sobre el mismo punto, puesto que la línea pasaba sobre paralelas y longitudes que nave alguna había surcado, siendo presumible que en una prolongación tan vasta la línea cortaría alguna isla ó continente de tierra. Ciertamente, pero esa línea pasó milagrosamente por la sola distancia en que no existía tierra. Ahí está el prodigio.

«Obsérvese: la demarcación pontificia parte del polo ártico, llega á esta misteriosa latitud de la línea sin indicación en la mediana ó proporcional de cien leguas, tirada entre el archipiélago de Cabo Verde y el grupo de las Azores, atraviesa el trópico, corta el ecuador, se aproxima al cabo de San Roque, surca las profundidades del Atlántico, se acerca á la isla de Clerck, pasa sobre la tierra de Sandwich y el grupo de las islas de Powel, y penetra en fin en el círculo antártico para ir á perderse entre los eternos hielos del polo.

«Tómese el mapa moderno más perfeccionado; tírese la mediana de cien leguas entre las Azores y Cabo Verde, sígase la línea misteriosa solemnemente trazada al través de lo desconocido por el Soberano Pontífice, y quedarás confundido al ver que por debajo de la Europa dicha línea recorre toda la extensión de nuestro planeta hasta el polo antártico sin encontrar tierra alguna.

«Pruébese de tirar una línea parecida á otro punto cualquiera del indicado por la Santa Sede, y se tropezará necesariamente en alguna isla ó alguna parte del continente. La línea trazada por la Santa Sede con tal prodigiosa precisión ostenta algo de augusto que hace inclinarse con respeto la sien y la imaginación.

«Si el genio de Colón, esa mirada de alcance profético echada sobre la faz del globo con tal rectitud nos confunden, no se siente menos admiración en vista de esa confianza absoluta que le atestigua el Papado, y hay que inclinarse ante esa osadía excepcional que hace autenticar y sancionar, como cosas ya verificadas, las instituciones de su genio (1).»

(1) *Cristóbal Colón*, por el conde Roselly de Lorgues, t. I, páginas 598-402.



Ilmo. STEINS, de la Compañía de Jesús, obispo de Auckland (Nueva-Zelandia). (Pág. 188).

(1) Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*, década I, lib. II, cap. IV.